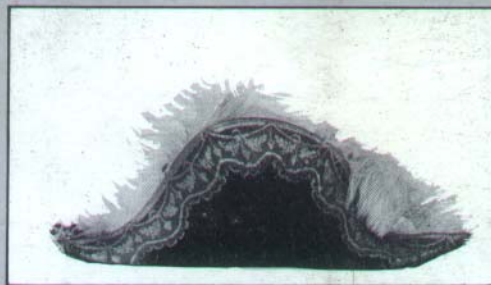


Domini Canes

LOS PERROS
DEL SEÑOR



BERNARDO VEGA

Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

Contenido

Prefacio.....	4
Presentación de Credenciales.....	5
Un Intercambio de Experiencias.....	12
Juicio entre Iguales.....	32
Alabanzas y Recriminaciones	
Defensa y Justificación	
La Venganza de los Pollitos.....	36
Ulises, Camino a la Tumba	
Rafael, antes de su Entierro, Protesta	
Los Cortejos Fúnebres.....	39
Lamentaciones y Evocación	
Elogios Fúnebres, S4tira Popular	
La Soledad.....	43
Ulises Ilusionado	
Rafael Errante	
Los Perros del Señor.....	50
La Maldición de Ulises	
Epílogo Condenatorio de Rafael	
Bibliografía.....	54

Prefacio

Cuando se escriben varios libros de historia sobre un mismo personaje ya fallecido, como lo he hecho yo, tratando siempre de mantener la objetividad y el rigor académico a que este tipo de trabajo obliga, uno se siente algo frustrado al no poder dar rienda suelta a su propia imaginación (a la “Loca de la casa” como le llamaba Santa Teresa), y poner a ese personaje a hablar, como si estuviese vivo. Tampoco puede uno explayarse sobre ciertos paralelismos históricos que parecen aleccionadores. Uno también se preocupa porque la labor académica, por su propia naturaleza, no es entendible o no atrae a un segmento importante de la población que sí debería conocer sobre estas cosas y que sólo se interesa en leer ficción ligera.

Buscando una válvula de escape personal a este dilema, he preparado esta obra de ficción, esta parodia o sátira sobre ciertos aspectos de nuestra historia, lo cual, entre otras cosas, me ha permitido escribir con total irresponsabilidad frente a los hechos reales. Otro propósito, menos íntimo, y hasta subversivo, ha sido el de tratar de poner a los dominicanos a pensar sobre sí mismos. El mezclar historia con mito se justifica, pues la literatura y el mito pueden poner de manifiesto lo que la historia ha ocultado o lo que ha sido olvidado. Por otra parte, algunos han definido al historiador como “hacedor de novelas verídicas”.

Algunas de las palabras que aparecen en cursiva forman frases que la historia recoge como dichas o escritas, o la tradición atribuye a los dos personajes que inspiran esta obra. El lector cuidadoso reconocerá la inclusión, en cursiva, de frases y párrafos de varias plumas dominicanas y extranjeras referentes a estos u otros personajes. Para los interesados, el autor cita sus fuentes en la bibliografía que aparece al final de la obra. Todos los otros textos son fruto de la imaginación del autor, a pesar de que discurren en el contexto del relato histórico, o lo que algunos llaman “historia ficticia”.

Esta es mi primera obra en el campo de la literatura. El lector dirá si también debe ser la última.

Bernardo Vega

Santo Domingo
Octubre de 1988

Presentación 
de Credenciales

I.

Yo soy Hilarión, el niño de Josefa, de Fefa la santomeña.

Yo soy Hilarión, Hilarión Level, el hijo de D'Assas, *el juez civil más feo que ha tenido el país*; de D'Assas, vástago de francés y de haitiana que se estableció en Puerto Plata durante la ocupación de Boyer, pero que después llegó a ser nada menos que Capitán de la Marina Mercante Francesa, de D'Assas, el que iba todos los días a misa y leía libros morales.

Yo soy Hilarión, Hilarión Level, el muchacho que su madre no quiso, por lo que fue educado por maestros ingleses y criado por Masén Rose, por Madama Rosa, por Roselia Jeanne Louise.

Yo soy el gentil garçon que le atendía el negocio y *le bañaba el perro a Fransuá Dambruá*.

Yo soy Hilario, Hilario Level, el joven que encontró un uniforme militar haitiano y se lo puso y el que a los 18 años, cuando la plaza se pronunció contra la Anexión, peleó con gallardía y arrojo contra los españoles bajo el mando de Gaspar Polanco y formó parte del pelotón que fusiló a Pepillo Salcedo.

Yo soy Hilario, Hilario Level, el hombre que poco después casi fue ejecutado por órdenes del General Cabral, pero que fue tan valiente y tan audaz en el manejo del sable y del fusil que tuvieron que nombrarlo Teniente del Ejército de la Restauración y como testigos mudos, pero elocuentes, de mis hazañas, tengo nueve heridas adornando mi piel y dos balas incrustadas en mi cuerpo.

Yo soy Hilario, Hilario Level, el que durante esas gestas restauradoras se hizo gran amigo de Gregorio el mulato, de Gregorio Luperón, y logró ser su Edecán y porque le era fiel se desterró con él durante el desgobierno de Báez, radicándose en Juana Méndez, como le decimos nosotros, en Ouanaminthe como le decía mi papá. Yo soy Hilario, Hilario Level, el que en este pueblo fronterizo montó pulpería y organizó un tren de carretas y tuvo como amante a la viuda Françoise, a Françoise Jeanvier, y en un duelo de honor con otro exilado quedó con la mano derecha tullida, pero quien hizo pagar con su vida al osado que se la inutilizó.

Yo soy Hilario, Hilario Level, el guerrero que desembarcó con sus tropas en Barahona y luchó en el sur; el que, sin tener patente de corso, desde un barco junto a Luperón, sembró pánico en todo el litoral dominicano, y el que, cuando cayó Ventura, retornó a su país acompañando a Luperón, siendo ya para entonces su lugarteniente y la mano derecha del hombre que fue nombrado Ministro de Guerra; el Hilario que después peleó con tanta intrepidez en Puerto Plata contra los revolucionarios, que tuvieron que ascenderlo a General.

Yo soy Hilario, Hilario Level, pero desde que mi padre me reconoció, me llaman Ulises.

Yo soy Ulises, el General Ulises, el que marchó a caballo contra la Capital y tumbó al gobierno de Ignacio María y fue nombrado por el Presidente Cesáreo Guillermo, Delegado en el Cibao, convirtiéndose en el hombre fuerte del Presidente en la parte más revoltosa del país.

Yo soy Ulises, el Comandante en Jefe y Delegado del Gobierno en Santo Domingo y luego, con apenas 28 años de edad, Ministro de Guerra y Marina en el régimen de mi protector, el Presidente Gregorio Luperón; el que peleó en tres batallas diferentes contra mi antiguo jefe Cesáreo y tres veces lo derrotó.

Yo soy Ulises, el General Ulises, Secretario de Interior y Policía y el poder detrás del trono del cura, el Presidente Meriño, y quien lo convenció que era preciso gobernar con mano dura y para ese fin le redactó el Decreto de San Fernando; el que suprimió el derecho de asilo político y ordenó el fusilamiento inmediato de todos los opositores que fuesen encontrados con armas en las manos, y quien quedó encargado de cumplirlo y lo hizo tan severamente que hasta fusiló a Luis Pecunia, su propio cuñado.

Yo soy Ulises, el General de la Restauración, el Ministro del Padre Meriño, el que, cuando Cesáreo desembarcó en el este fue con sus jinetes y con Alejandrito y lo derrotó en El Cabao, *en esas lomas del infierno custodiadas por condenados*. El que en esa batalla una bala le cruzó el pescuezo y cayó de su corcel, pero pudo matar a los que en vano intentaron agarrarlo.

Yo soy Ulises, y porque el pueblo dominicano que me admiraba y quería, *ostentó el deseo de acordarme ese alto honor*, y porque Luperón así lo recomendó, en agradecimiento votó por mí en las elecciones de 1882 y así me convertí en Presidente de la República.

Yo soy el que, sin que nadie me contradijera, pues *soy como el mono, que en agarrando no suelto*, durante 14 años hizo que la República *disfrutara de una paz octaviana*. El que hizo *que reinara la paz, terminaran las zafras y no faltara animación en el comercio*.

Yo soy el que pacificó a los dominicanos, el que los puso en cintura y donde nunca habían existido ferrocarriles, yo los inauguré; y donde jamás se había hablado por teléfono, yo hablé; y donde no se había visto un cable submarino, yo cablegrafíé; y donde antes no se había telegrafiado, yo telegrafíé; y donde nadie se había alumbrado con bombillo, yo electrifiqué; y donde el agua antes sólo aparecía en aljibes, yo la entubé; y donde se cruzaba el Ozama sólo en cayucos y en barcas, en puente de hierro yo lo crucé; y donde nunca se había pensado en canales, yo los diseñé; y donde antes sólo había trillos, yo carreteras levanté; y en Montecristi y Santo Domingo yo tranvías estrené; y donde el dominicano antes sólo tenía vacas y tumbaba madera, yo guineos, cacao y café sembré.

Yo soy Ulises, el general de la Restauración, el Ministro de Luperón y de Meriño; Ulises, el Presidente de la República, el que viendo que los cubanos, que siempre han sido más ricos y adelantados que nosotros, temían por sus capitales, debido a su guerra contra los españoles (a quienes ya nosotros habíamos derrotado, en gran parte debido a mi bizarría e intrepidez) los indujo, regalándoles tierras, a que vinieran aquí para que nos enseñaran cómo sustituir el trapiche por ingenios y plantaciones y de esa forma yo introduje en mi patria el capitalismo y, como era natural, a los inversionistas cubanos siguieron los puertorriqueños y a estos los norteamericanos con quienes yo firmé un acuerdo comercial y por eso nuestros puertos recibieron más barcos extranjeros que nunca.

Yo soy Ulises, el Presidente de la República, el Pacificador de la Patria, el que, notando que desde los tiempos coloniales se decía que la solución a todos nuestros problemas estaba en traer gente al país, sobre todo gente blanca, a pesar *de ser negro, pero un negro muy aseado*, abrió las puertas de la República a españoles, canarios, turcos, italianos, alemanes, franceses, belgas, chinos y sefarditas de Curacao, quienes llegaron en miles a traspasarnos sus conocimientos, a enseñarnos a vender barato; a comer cosas nuevas y hasta comer fuera de la casa, en restaurantes; y a tocar el acordeón y a coger prestado en el extranjero, no pensando en repagar; y a importar cemento por primera vez; y a producir en el país cerveza y cigarrillos; y a gozar de las zarzuelas, los bufos y los circos, que venían a quebrar entre nosotros; y a tomar las pastillas de ovarina, la medicación completa de Tronette, los comprimidos de fodothirina, los gránulos dosimétricos del Dr. Burgralve, el Lacto Marrow (que después convertimos en dulce en La Vega), la medicación cacodílica, el vino de Stearns, la cerebrina de Fournier, el vino de hemoglobina, la fosfatina de amoniaco de Pier Lot y a usar mamaderas, sondas, jeringas y bragueros; y a darles a los muchachos purgantes vermífugos, remedio infalible para la expulsión de las lombrices, la curación de la diarrea, los terrores nocturnos, los colores pálidos, la alferecía, la fetidez de aliento, el crujir de dientes, los cólicos y la inapetencia; y a usar sombreros de pajilla y yarey; y a leer la revista Blanco y Negro; y a lograr que nuestras tierras subieran de precio; y a enterrar en cementerios en vez de iglesias; y a fundar pueblos como el de Sabana de la Mar; y a llamar a la gente con nombres extraños como Sadhalá, Haché, Bogaert, Stefani, Jesurúm, y Ng; y sobre todo, a blanquear nuestra estirpe.

Yo soy Ulises, el Presidente, el Benemérito, el que se dio cuenta que como no sabíamos, o no queríamos cortar la caña, autorizó que se importaran braceros, pero eso sí, braceros blancos,

puertorriqueños, porque ya los prietos habían doblado el lomo demasiado, pues el *negro llora de noche, cuando nadie lo ve*.

Y por todas estas cosas que hice, y muchas otras más, mis compatriotas, en reconocimiento, me otorgaron títulos y condecoraciones y me colocaron bicornios en la cabeza y espadas de oro con empuñadura de brillantes en la cintura; y le pusieron mi nombre a provincias, calles, parques y puentes y mi retrato en productos comerciales; todo lo cual yo acepté, con la humildad que caracteriza a los que han nacido en pobre cuna.

Yo soy el Restaurador.

Yo soy el Pacificador de la Patria.

Yo soy el Benemérito.

Yo soy el gran líder del Partido Azul.

Yo soy el héroe del Cabao.

Yo soy el Garzón Mañoso.

Yo soy el Mañé.

Yo soy Hilarión.

Yo soy Hilario.

Yo soy Ulises,

Ulises Heureaux;

Pero, por mi modestia, dejo que todos me llamen Lilís.

II.

Yo soy Rafael, el descendiente del capitán francés José Chevalier, Conde de Puyboreau, el que vino a la isla acompañando a Leclerc, el cuñado de Napoleón, y se quedó a vivir en Haití.

Yo soy Rafael, el biznieto de Eleonore Juliette —como le llamaban en francés—, de Diyettá —como le decían en patois—, de Diyettá Chevalier y de un teniente haitiano que llegó a San Cristóbal durante la ocupación, durante la ocupación mala, la de los mañeses.

Yo soy Rafael, el nieto de Erciná, de Luisa Erciná Chevalier, la hija no reconocida de Diyettá. Yo soy Rafael, el nieto de Pedro Molina, héroe de la Restauración.

Yo soy Rafael, el nieto de Silverita, la banileja, la que mencionó Billini en su novela, de Silverita Valdez, la que durante la Anexión se enredó con un oficial médico del Ejército Español.

Yo soy Rafael, el hijo de Pepito y de Altagracia Julia, la excelsa matrona.

Yo soy Rafael, Rafael Leonidas, el telegrafista, el que después de adueñarse de muchas vacas que no les hacían falta a sus dueños, se enlistó en la guardia durante la ocupación, durante la ocupación conveniente, la de los americanos. El que aprendió bajo las órdenes de los coroneles blancos, los verdaderos coroneles como Cutts, Watson y Williams, y el que subió rápidamente en el escalafón, pues mostró gran valor y disciplina combatiendo a los gavilleros en el este, en la primera guerra de guerrillas en el continente.

Yo soy Rafael Leonidas, el esposo de Aminta, de Aminta Ledesma.

Yo soy Rafael Leonidas, el amigo de don Horacio, de *la Virgen con chiva*, el que, por su lealtad hacia éste, progresó rápidamente y sacó del medio al Mayor Lora para facilitar ese avance.

Yo soy Rafael Leonidas, el Teniente Coronel, el General de Brigada, el Brigadier, el Brigadier General.

Yo soy Rafael, el amigo de los Rafaelés, el íntimo de Rafael Estrella Ureña y de Rafael (Fello) Vidal Torres. Yo soy el perjudicado por lo que averiguó y recomendó Mr. Dawes y el que se dio cuenta de que el pobre don Horacio, ya muy viejo y muy enfermo, quería quedarse con el

poder y para eso, para lograr su propósito, había modificado la Constitución cuatro veces; que quería mandar más allá de los seis años que ya llevaba arriba, violando las leyes que sabiamente habían dejado los americanos y que prohibían la reelección; el que supo que el viejo quería seguir los malos ejemplos continuistas de Machado en Cuba y de Bornó en Haití; yo soy el que notó que el anciano cacique de 69 años ya había perdido popularidad y hasta su buen juicio, pues dejaba que su imagen saliera en los sellos de correo y que propusieran llamarle “Benemérito de la Patria”; el que comprendió que el Presidente sufría de *locura renal* y de jaquecas interminables y que la *vieja polilla palaciega* que lo rodeaba lo había aconsejado mal.

Yo soy el que pusieron entre la espada y la pared, pues era Jefe del Ejército, cabeza de la única institución que funcionaba bien en el país y que tenía como sagrado deber preservar la Patria y su institucionalidad; el que a los cuatro meses del descalabro de la Bolsa de New York se vio *forzado a hacerse cargo de la situación*; el que actuó por patriotismo, por amor a su país, por lealtad a la bandera nacional, pues el viejo caudillo sencillamente no quería abandonar el poder.

Yo soy el que puso a Estrella Ureña a dar el frente y se quedó tranquilo en su fortaleza hasta que el viejo claudicó, y como la palabra revolución es muy fea y anticuada y los guardias no deben dar golpes de Estado, le llamó al asunto “Movimiento Cívico”, aunque realmente todos sabemos que fue *la más bella revolución de América* y todo eso para que los dominicanos, que siempre han sido unos malagradecidos, no me criticaran. Yo soy el candidato a la Presidencia, el que con la ayuda generosa de su Ejército ganó las elecciones; yo soy al que los americanos no le dijeron ni que sí, ni que no; el que sí pudo ser, a pesar de que decían “*no puede ser, por ladrón de vacas*”.

Y como un país sin moneda ni papeletas propias no es realmente un país, yo a mi Patria se las di. Y como un país sin Bancos del Estado no es realmente un país, yo los instituí. Y como un país que no sabe dónde están sus propias fronteras no es realmente un país, yo las definí. Y como un país cuyas aduanas son controladas por extranjeros no es realmente un país, yo a los dominicanos la soberanía sobre ellas devolví. Y como un país que debe millones a poderosos intereses foráneos no es realmente un país, yo todas las deudas pagué y abolví. Y como un país cuyas principales fábricas pertenecen a forasteros acaudalados no es realmente un país, yo los ingenios adquirí. Y como un país donde extranjeros producen la electricidad no es verdaderamente un país, yo con luz dominicana a mi tierra surtí. Y como un país donde no se saluda la bandera no es realmente un país, yo a los dominicanos a saludarla y honrarla instruí. Y como un país dominado por una oligarquía rancia y parasitaria no es verdaderamente un país, yo a los cocoluses, a los tutumpotes y al Club Unión demolí. Y como un país que aspirando a ser de gente blanca permite que negros mañeses ensucien su sangre y debiliten su estirpe no es realmente un país, a las buenas y a las malas a los haitianos despedí. Y como un país lleno de caciques locales con ejércitos privados no es realmente un país, yo los pronunciamientos, los alzamientos y las revoluciones prohibí. Y como un país donde se practica el comunismo ateo no es verdaderamente un país, yo el comunismo disolví. Y como un país donde los intelectuales entronizaron el pesimismo no es verdaderamente un país, yo el pesimismo secular destruí. Y como un país donde no se respeta la autoridad y no se mantiene el orden público no es realmente un país, yo el orden y la autoridad total y absoluta establecí. Y como un país para que sea respetado por sus vecinos tiene que tener un ejército más poderoso que el de estos, yo las fuerzas armadas más potentes del Caribe dirigí.

Y antes de Alejo plantear el recurso del método, yo a él ya había recurrido; y antes de que Ramonina analizara entre nosotros la formación del estado capitalista, ya yo lo había formado; y antes de esbozarse la acumulación originaria, yo ya había acumulado; y antes de hablarse de modos de producción, yo ya había producido; y antes de comenzar a sugerirse la dominación bonapartista, yo ya había dominado; y antes de discutirse la modernización de la burguesía dependiente, yo mismo ya la había modernizado; y antes de exponerse sobre ideología y alienación, ya yo había alienado.

Yo soy Rafael Leonidas, el Presidente Ad Vitam, el que puso a los dominicanos a apreciar las cosas finas, como las bienales de artes plásticas, la Orquesta Sinfónica Nacional, la luna sobre el

Jaragua, la Semana Aniversario, la dialéctica del foro público, el merengue en sociedad, el Peñón de las Animas por televisión, la pelota nocturna, los desfiles civiles y las paradas militares por el malecón, la Cartilla Cívica, las meditaciones morales, el aire acondicionado, la etiqueta tropical, los diálogos de Macario y Felipa, el cuchipaineo, las siestas con Paco Escribano, los violines del carnet social, la brillantina Yardley, la glostora, la yodora, la Sudorina Estrella Azul, el desodorante Amparo, el Mejoral, el Tricófero de Barry, las píldoras de vida del Dr. Ross, la leche de magnesia Phillips, la Malta Morena, el Neurofosfato Skay, el Astringosol, el Cordial de Monell, el depurativo 914, el Penetro, el Desenfriol, el Morotol, la Broncodermína, el Tiraseguro, la Emulsión de Keppler, el Seregumil, el tónico reconstituyente de Lidia Pinkham, el Complejo vegetal de la Señora Muller, el morir-soñando, el ungüento mentol Davies, el cachemir buqué, el agua de Florida de Murray y Lamman, la loción Perlina, el toque de violeta de genciana, el verde de París y hasta el negro eterno.

Yo soy Rafael Leonidas, el Benefactor, el Jefe, el que construyó aeropuertos para que los aviones no tuvieran que seguir acuatizando en San Pedro de Macorís; el que expandió el Malecón, el que edificó los obeliscos macho y hembra; el que creó la Feria de la Paz y Confraternidad del Mundo Libre; el que mejoró las vacas con la Feria Ganadera; el que inició el Faro al Almirante; el que ideó los barrios de mejoramiento social; el que concibió el zoológico y la Ciudad Universitaria; el que sustituyó la mansión por el Palacio Presidencial; el que cambió al Fausto por El Embajador y el Jaragua; el que exigió los tres golpes de la cédula, el partido y el servicio militar obligatorio; el que estableció el partido único; el que instaló el control policial en La Cumbre, El Número y El Higuamo; el que llenó el país de estatuas y bustos; el que popularizó el Carlos I; el que recibió a presidentes colegas derrocados por pueblos malagradecidos y a refugiados españoles y judíos que resultaron luego ser también malagradecidos, y por todas estas cosas que hice y muchas otras más, mis compatriotas, en reconocimiento, me otorgaron títulos y condecoraciones, me colocaron bicornios en la cabeza y el gran collar de la democracia con piedras preciosas en el cuello y le pusieron mi nombre a provincias, calles, parques y puentes y mi rostro adornando todos los hogares del país; todo lo cual yo acepté, con la humildad que caracteriza a los que han nacido en pobre cuna.

Yo soy el Doctor.

Yo soy el Benefactor de la Patria.

Yo soy el Padre de la Patria Nueva.

Yo soy el Reconstructor de la Independencia Financiera.

Yo soy el Embajador *at Large*.

Yo soy el Primer Obrero.

Yo soy el Primer Maestro.

Yo soy el Primer Periodista.

Yo soy el Candidato al Premio Nóbel.

Yo soy el Hijo Benemérito de San Cristóbal.

Yo soy el Períncito... el Perínclito Varón.

Yo soy el Generalísimo.

Yo soy rectitud, libertad, trabajo y moralidad.

Yo soy el roble poderoso que durante más de treinta años desafió todos los rayos y salió vencedor de todas las tempestades.

Yo soy el Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas.

Yo soy el Jefe Supremo del Ejército.

Yo soy el *Jefe*.

Yo soy... yo soy...

Yo soy aquel que ayer no más decía...

...Yo soy el Icuinicui...

...Yo soy el Macalacachimba... ...

Yo soy el Papaúpa...

Yo soy Rafael Leonidas Trujillo Molina,

y pobre del que se atrevió a recordarse que, cuando niño, me decían Chapita.

Un Intercambio
de Experiencias



Después de visitar el edificio de El Cerro, Ulises y Rafael llegaron a la menos imponente pero mucho más hospitalaria y acogedora Casa de Las Caobas. Durante el recorrido prácticamente no habían intercambiado palabra. No se conocían, por lo que no sabían cómo tratarse, cómo “entrarse”. Se sentían incómodos, torpes, el uno frente al otro. No era asunto de protocolo, sino de dos fuertes personalidades tratando cada una de hacer evidente su superioridad, su mayor jerarquía, sobre la otra.

Ulises había quedado asombrado por el repugnante mal gusto de El Cerro, aunque, persona muy prudente en sus modales, se cuidó mucho de no evidenciarlo a su anfitrión. Creyó ver en el derroche de enormes recursos para construir un edificio tan feo, evidencias de lo que pensaba que era la mayor debilidad en el carácter de Rafael: su falta de educación. No era lo mismo haber sido alumno de austeros y cultos maestros ingleses en Puerto Plata, quienes profesaban estrictamente su exigente ética protestante, que haber pasado una juventud sin educación formal, y que, según rumores, habían incluido más de una estadía en la cárcel por vulgares hurtos de vacas. Para un Ulises, cuya *labor diaria la iniciaba a las cinco de la mañana dando maíz con su propia mano a las palomas que se reunían debajo de su balcón*, al tiempo que sus vecinos le daban los buenos días, aquel edificio, lleno de mosaiquitos brillosos que trataban de reproducir frescos pompeyanos, le era repulsivo. La colocación de un signo masónico encima del altar de la capilla, era para él, fervoroso masón, algo verdaderamente sacrílego, más aún cuando la sacristía de ese altar colindaba con un ancho bar de caoba repleto de bebidas alcohólicas, insinuando que el vino de consagración provenía de ese lugar.

Las Caobas era algo muy diferente. Era una casa de madera de pocas habitaciones. Casi una casa de campo, en la cual una persona que nació pobre y humilde podía sentirse más a gusto, pues tal vez le recordaba su propia juventud. Era una residencia íntima y por eso Rafael la utilizaba para juntarse allí con sus amantes, aunque, en por lo menos una ocasión, la había declarado, por decreto, mansión presidencial, y desde allí despacho los asuntos de gobierno. Sin embargo, su mala educación y su mal gusto se hacían evidentes aun en esta casa tan acogedora, pues las lámparas, los muebles y los adornos en general eran de la más vulgar y barata factura.

Ambos se sentaron alrededor de una mesa. Un mozo, evidentemente un militar, les sirvió unos tragos y luego se retiró. Por primera vez quedaron ambos solos. El silencio molestaba. Ulises no se atrevía a romperlo. Eso le correspondía al dueño de la casa. Por fin, Rafael, mirándole a la cara, dijo, como para mostrar que era culto:

— Ambos nacimos en octubre, bajo el mismo signo del zodiaco.

— Es cierto —le contestó Ulises, mas, para dejar claramente indicada su precedencia y veteranía, agregó—: pero yo nací cuando se luchaba contra los haitianos en Beller y La Estrelleta y V. mi Affmo. cuando yo ya era Presidente por tercera vez.

Levantando y moviendo su brazo para indicar el tipo de habitación en que se encontraban, Rafael prosiguió:

— Ambos nacimos en cuna humilde y echamos para alante sólo en base a nuestro propio esfuerzo.

— Es cierto, mi querido Gral. —asintió Ulises, halagado por lo que acaba de oír—, pero sólo porque nos metimos a la Guardia.

— Tu gente y la mía llegaron cuando Boyer —enfaticó Rafael con cierta malicia.

— Es cierto, mi querido y buen frère, llegaron durante la ocupación haitiana, pero mientras yo me siento orgulloso de ser negro y de ser hijo de haitiano, Vd. trata de ocultar su ascendencia porque se avergüenza de ella. A mí me decía “*Mono*” el ilustre de Eugenio Deschamps y, porque era Masón y haitiano, otros me llamaban “*Frersito*” y cuando era joven y embromón me nombraban “*Garzón Mañoso*”, con todo el doble sentido injurioso de la frase.

— ¿No estarás exagerando un poco? —preguntó Rafael con aire inocente.

— Todo lo contrario, mis enemigos políticos gritaban “*Abajo el Negro... Abajo el Mañé*” y “*¡Ese Negro Presidente otra Vez! Imposible*”. Hasta Don Eugenio María de Hostos, a pesar de que los positivistas estaban supuestos a no tener prejuicio racial, me acusó de ser un “*Ennegrecedor del Quisqueyanismo*”. Pero nada de eso me ofendía ni lo tomaba yo en consideración, pues absolutamente todos reconocían que *este negro tenía talento superior al de muchos blancos*. Hasta don Américo Lugo, mi enemigo, tuvo que admitir que yo era *negro por los sentimientos y el color, pero blanco por los modales y la mente*. A los que se quejaban de mi estirpe, yo les contestaba: *¿Acaso he venido yo de Francia?* Nunca hice caso a esos ataques racistas y más bien me reía de ellos.

— ¡No seas hipócrita! —le ripostó, contrariado, Rafael.

Ulises se adelantó a desmentir el insulto, contándole una anécdota muy difundida:

— No, no, es que hasta cuando al pasar por la calle oía el comentario de damas encopetadas sobre la llegada de un “nublao”, sabiendo que era a mi presencia a la que se referían y no a un mal tiempo inexistente, yo me quitaba cortésmente el sombrero y les respondía asegurándoles que ese nublado no iba a caer, que iba a pasar de largo, porque con mujeres como ésas no iba yo a quedarme hablando y es que, repito, yo era *un negro muy aseado*, pues, *el negro que no se baña y se cuida hiede y yo me pelaba cada tres días y siempre estaba bien vestido*.

— De que éramos elegantes los dos, lo éramos —le dijo Rafael, buscando cambiar rápidamente de tema.

— Es cierto, frère y amigo —le contestó Ulises, quien, sin embargo, insistió en su tema—: A mí no me daba vergüenza decir *gató* en vez de pudín, *rotí* en vez de carne, *collier* en vez de collar, *rob de cham* en vez de bata de noche, o *bouillon* en lugar de sopa. Nunca oculté mis muchos viajes a Haití a apadrinar bautizos de mi familia, en cuyas ocasiones utilizaba los más vistosos de mis muchos uniformes, ni que mi primo Eduardo Heureaux fuese Coronel del ejército haitiano y edecán del Presidente. Tampoco niego que poco antes de mi muerte fui a Cabo Haitiano en mi crucero, donde recibí a lo más selecto de la sociedad Capoise y donde hice donaciones al hospicio.

Vd., cher compère, por el contrario, desde chiquito comenzó a utilizar pomadas para enderezar las pasas de su pelo y cosméticos para que su piel se emblanqueciera. Sus fotografías muestran esa metamorfosis. Cuando joven Vd. lucía apretaíto, luego su pelo se onduló y sus pómulos enrojecieron aunque siempre, como decía mi amigo Juan Antonio, se le veía el negro tras de la oreja. Además, apodó “Negro” a su hermano, para que la gente lo contrastara con su blancura recién adquirida. En vano trató Vd. de negar sus orígenes, su procedencia de la parte más negra de nuestro país, de este San Cristóbal, donde se concentraron los esclavos africanos en el Siglo XVI y donde se quedaron viviendo los haitianos después de la ocupación, tanto así que en 1845, año en que yo nací, los negros de los campos de su pueblo se rebelaron contra la Independencia, creyendo que ésta iba a establecer de nuevo a la esclavitud. Y cuando V. era niño, al mercado de su pueblo se le seguía llamando *marché*, por su semejanza con los mercados haitianos. Su prejuicio era tan conocido y tanto se sabía que V. se avergonzaba de su sangre haitiana, que el Presidente Lescot, cuando se hizo enemigo suyo, para mortificarlo nombró a su tío André Chevalier, como Embajador Haitiano ante V. Yo, por el contrario, traté, aunque sin éxito, de traer a negros de los Estados Unidos, antiguos esclavos, a vivir entre nosotros, tal y como lo había hecho Boyer, porque consideré que eso era justo y necesario. Además ésa es gente muy buena, muy moral y que produce grandes músicos y marinos y hasta poetas y peloteros, aunque también aparecen sus Macabones. Además, fíjese, sólo han sido los prietos y los descendientes de haitianos quienes han sabido y han podido mandar por algún tiempo en este país. Santana nació en Hinchá y Báez era hijo de Mai Teresa —que era su nombre en español—, de Camateca —su nombre africano—, pues era una esclava. Entre ellos dos y V. y yo hemos mandado durante más de un 80% del tiempo desde que este país es país, descontando la Anexión y la ocupación americana. Los blancos no han durado, no han podido.

Rafael estaba molesto por el giro sorpresivo que había tomado la conversación. Llamó al mozo, pidió un Carlos I para él y un champán de los mejores para su invitado, como una forma de ganar tiempo y pensar en su respuesta...

— No acepto tus exageraciones, Ulises. Es cierto que yo logré blanquearme gracias al progreso de la ciencia, lo que tú también hubieras hecho si hubieras podido, y aun así lo intentaste... pues todos sabemos que *muchas veces dormías de noche al aire libre buscando ponerte blanco*. Además, trataste muy mal a los negros, pues en tu ejército todos los soldados rasos tenían que ser prietos, mientras que en el mío, tanto los mulatos como los negros y blancos podían serlo, aunque para impresionar a los embajadores extranjeros cuando presentaban sus credenciales, me cuidé de que en la Guardia Presidencial todos fueran blancos. Lo que pasa es que tú fuiste hijo de haitiano y yo sólo fui biznieto. No había forma de que tú pasaras por blanco. Yo sí, yo sí podía... Además, fueron los intelectuales que me rodearon, los que se me acercaron presurosamente cuando llegué al poder, los más cultos y doctos del país, quienes me explicaron que era un imperativo nacional mejorar nuestra raza para que mi Patria sobreviviera y conservara sus raíces occidentales. Me enseñaron textos donde se decían esas cosas, firmados por las más ilustres plumas dominicanas, escritos precisamente a partir de tu ascenso al poder el siglo pasado. ¿Cómo podía un prieto ser Presidente y líder supremo de una nación cuyo objetivo vital, cuyo leit motiv (como lo decían mis *salomones*), era su blanqueamiento? Yo me fui emblanqueando a medida que fui emblanqueando a mi país, trayendo blancos y sacando haitianos. Mientras tú, copiando a Boyer, trataste sin éxito de traer negros norteamericanos; yo, copiando a un Luperón, que tampoco lo logró, tuve éxito trayendo judíos, gente culta, religiosa, frugal y trabajadora, que ha dado muchos de los grandes genios del mundo y que, además, no se mete con la guardia en ningún sitio. Mira si tuve éxito que al final, mis hijos y nietos eran blancos, de facciones finas y de pelo lacio. Yo mismo pasaba por blanco y ¿por qué no? ¿Acaso mi abuelo paterno no fue un oficial español en el ejército de la Anexión?

Rafael tenía una expresión gozosa. Disfrutaba todavía del eco de sus últimas palabras, mientras acariciaba entre sus dedos la copa de coñac.

— Affmo. Rafael, V. sabe que eso último no es cierto. Después de su muerte, J. Agustín Concepción se encargó de probar que eso era mentira.

Tomó un sorbo del licor, sorprendido por la forma en que su invitado manejaba las informaciones de que disponía. Poco después, Rafael sólo alcanzó a preguntar:

— ¿Cómo, cómo?

— Como lo oye V. Cuando Silverita concibió a su padre, hacía ya trece meses que el Capitán Trujillo Monagas estaba preso en la Fortaleza de Santiago, donde estuvo encarcelado un total de 22 largos meses, junto con todos los otros oficiales del Ejército Español que nosotros los Restauradores capturamos cuando tomamos esa ciudad. Por cierto, de ésa se salvó de milagro porque Luperón hasta llegó a ordenar su fusilamiento. Cuando lo soltamos, el mismo mes en que nació su padre, se embarcó de inmediato hacia Cuba. Como nosotros los Restauradores no creíamos en eso de presos de confianza, no es verdad que un preso en Santiago podía preñar a una Silverita residente en Baní. Es más, Trujillo Monagas se fue directamente a Cuba y Silverita nunca lo siguió. Lo que pasa es que el verdadero abuelo suyo no pudo admitir que tenía su lío con Silverita, pues ya estaba comprometido con otra. A propósito, Silverita era azul y fue una gran aliada política mía. El mismo Concepción ha escrito lo que ya en esa época yo, como Presidente, y mucha otra gente sabía: que su verdadero abuelo fue un héroe de la Restauración quien, siendo yo Presidente se pronunció contra mi gobierno cerca de la Capital, pero yo, como con todos, lo derroté y luego lo convencí de que se pasara a mi lado y, desde entonces, fue uno de mis principales caciques. El año que V. nació, su abuelo era Gobernador de la ciudad de Santo Domingo, en mi tercer Gobno. V. es Rafael Leonidas Alvarez Molina. Su abuelo fue el General Braulio Alvarez; y aunque no me guste admitirlo, en honor a la verdad, Vd. es nieto de dos criollos, de dos auténticos héroes de la Restauración, compañeros míos de gloria; V. es nieto de mi General, de mi gobernador Braulio

Alvarez y de Silverita Valdez, la más criolla de todas las criollas y la más azul de todas las azules. V. bien que lo sabía, pues le puso el nombre de Braulio Alvarez a una de las principales calles de su Capital cuando otros Restauradores y Gobernadores nunca recibieron esa distinción de parte suya, y V. precisamente se caracterizaba por no ser generoso honrando a otros dominicanos. Además, ¿por qué, sino por eso, se rodeó V. tanto de su descendencia para que le ayudara a gobernar?

La atmósfera de la sala en que se hallaban estaba cargada. Ulises había revelado conocer profundos secretos de la vida de su colega, llegando a perturbarlo. Rafael exclamó:

— ¡Qué vaina! Yo eso siempre lo sospeché, hasta que vi una fotografía del hijo que tuvo Trujillo Monagas en Cuba, pues se parece mucho a mí y, además, tanto Trujillo Monagas como su hijo Santiago fueron Jefes de la Policía Secreta de Cuba y se dedicaron, con suma eficiencia, a capturar criminales y a esclavos rebeldes, ¡como buenos familiares míos! El Presidente Machado me dijo, cuando yo lo recibí en Santo Domingo, después que lo tumbaron en Cuba, que Santiago Trujillo, como Jefe de su Secreta, le había sido muy fiel y eficiente. Yo, por cierto, influí para que lo soltaran cuando en La Habana lo acusaron de asesino. ¿Cómo puedo yo no ser nieto de Trujillo, cuando él y su descendencia hicieron en Cuba lo mismo que yo hice en Santo Domingo? ¡Digan lo que digan, coño, parece que mi abuelo, estando preso en Santiago, su derriengue era tan grande que logró tener su lío con Silverita, que aparentemente era lo que hoy llamamos un cuerito de cortina!

(Sin zarzuela cubana como música de fondo).

— ¡Yo soy Silverita Valdez!
¡Y no voy a decir, de quién mi barriga es!

Ante el tono que había adoptado su anfitrión, Ulises decidió cambiar de tema, buscando uno que sabía sería de su agrado:

— ¡Cuántas mujeres tuvimos, mon cher compère y amigo!

— ¡Ay, sí! Pero al final ninguno de los dos podíamos y fue cuando me dio por las muchachitas, las niñas.

Como tomando aliento para remontarse a un pasado que lo enternecía, Ulises tomó un sorbo de champán y luego dijo:

— Mi primera fue en Juana Méndez, la viuda Françoise y mi esposa fue Minena, pero la del derriengue fue Juana Ogando, la mejor hembra y la guerrillera más valiente del sur; a ella le dejé muchos de mis bienes y varios hijos pues, aunque no era mi esposa, era mi mejor mujer. En Haití tuve muchas y cuando no las podía atender, les escribía sus cartitas en francés, enviándoles *mes sentiments bien amicaux et deuoués*, agregando que era *suyo, cuyo de corazón*, y un *millón de expresiones* más, cosa que agradecían. A todas les encantaba que las sacara a bailar un buen vals y mis buenos modales y mi elocuencia les fascinaban.

Siempre competitivo y exhibicionista, Rafael, sin darse por enterado de la confesión de su huésped, empezó a contar su propia historia afectiva; la historia de sus mujeres y aventuras amorosas:

— La Morel, en El Seibo, no me hizo caso, porque yo no era de sociedad. Tuve entonces que casarme con mi compueblana, la humilde Aminta. Cuando don Horacio me hizo General, yo, como casi todos los guardias que ascienden rápido, necesitaba una esposa de más categoría y me

busqué a doña Bienvenida, una dama elegante, de la mejor sociedad cibaëña. Poco después conocí a María, la españolita, y esa fue la que quise más. Tuve un hijo con ella, sin ofender a mi esposa cibaëña, pero esta última no me daba muchachos y por eso la divorcié y así, por fin, honré a María, casándome con ella. Sin embargo, seguía con Bienvenida con quien, por fin, también tuve una hija, pero no siendo ya esposa mía. En el 37 mudé a la niña más linda de la sociedad capitalëña, una hembraza del diablo, con tremendo caché, y, a pesar de los celos de María, seguí con ella, aunque me obligó a mandarla al extranjero, pero la traía en secreto, de vez en cuando y con ella también tuve hijos. Las mujeres me gustaban gordas, que bailaran sabroso el merengue y que aguantaran bien su Carlos I. Isabel Mayer entendió mis necesidades en ese campo y las amanecidas en sus fiestas en la línea, en sus canes, son de mis mejores recuerdos. ¡Esa mujer hacía un sancocho del carajo! A muchas de ellas, en agradecimiento, las casé con tenientes y capitanes que parecían prometer. Los celos de María eran una vaina continua. Era un demonio cuando se ponía celosa, y eso que ante el público privaba en fina, usaba unos impertinentes, en vez de espejuelos, y hasta ínfulas literarias tenía, pero la verdad es que eran otros, como el cabrón de José Almoína, los que le escribían sus libros, sus *Meditaciones Morales*, su *Falsa Amistad* y no sé cuántas otras pendejadas. Ella se llegó a creer que ella misma escribió esas vainas.

Con un tono quejumbroso, y haciendo caso omiso de lo que acababa de oír, Ulises le dio un giro a la conversación, confesando una debilidad física:

— Yo sufría mucho de asma.

— Y yo de paludismo —reveló Rafael.

— Yo después de adulto nunca visité a mi madre, pues nunca me quiso —dijo, sin pizca de dolor, Ulises.

— Yo visitaba a la Excelsa Matrona casi todos los días —proclamó Rafael, lleno de orgullo.

Ambos se miraban de soslayo de vez en cuando, procurando adivinar la verdadera intención de las palabras en el brillo de los ojos del otro, o en el movimiento involuntario de algún músculo facial. Seguían sentados a la mesa, embebidos en sus confesiones mutuas, con sus copas sobre la pulida madera, ajenos a los sigilosos movimientos de quienes cuidaban de su confort y seguridad, esos fieles militares que estaban muy cerca para acatar órdenes.

Con un dejo de amargura, Ulises comentó:

—No tuve hermanos, por lo menos no de padre y madre. Papá sí tuvo un hijo, pero con otra, y mamá tuvo uno, en San Thomas, pero con otro. Ese último fue fusilado en Haití por falsificador de monedas.

Rafael trató de alentarle, haciéndole ver la conveniencia de su situación:

— Tuviste suerte. Yo tuve demasiados y sólo sirvieron para molestarme pidiéndome dinero, buscando poder y hasta aspirando al cargo que el pueblo, con su sabiduría, invistió en mí.

— Lo peor que nos pasó a los dos fue lo malos que nos salieron los hijos varones —declaró Ulises.

— ¡Ay, sí! —fue lo único que atinó a decir Rafael.

— A dos de ellos los mandé a Europa. Uno, a estudiar Ingeniería Mecánica en Alemania y el otro a la Escuela de Guardiamarinas de París, porque quería que aprendieran cosas modernas, que ayudaran el país a progresar. Pero no sirvieron para nada; no aprovecharon la oportunidad que tú y yo nunca tuvimos. Hasta mandé al más culto de los jóvenes dominicanos, don Francisco Henríquez y Carvajal, a estudiar a París, con sus gastos pagados por mí mismo, para que fuera mentor de Ulises, mi hijo preferido, al que di mi propio nombre y ¿V. sabe lo que hizo ese dizque intelectual? Lo que hizo fue poner al muchacho a escribir novelas y dramas de teatro de orientación francesa. Cuando la prensa de París me atacó, Ulisito ni siquiera escribió defendiéndome, a pesar de que estaba en Francia. Nunca le interesó la política.

— Sin embargo —agregó Rafael— ese muchacho era respetuoso y sensato. Me acuerdo que en febrero de 1930, cuando estalló *la más bella revolución de América*, lo nombramos censor del teléfono, para que los horacistas de la capital no supieran lo que pasaba en el Cibao y ese mismo

año fue de los primeros intelectuales en apoyar públicamente mi candidatura y luego escribió un libro titulado “Rafael Leonidas Trujillo Molina”, donde comparó tu gobierno con el mío. Escribía bonito. Refiriéndose al ferrocarril que tú inauguraste, en el libro decía: “Las locomotoras hicieron estremecer de júbilo la salvaje monotonía de los bosques lujuriosos y el sosegado discurrir de los conucos, con los silbos alborozados del progreso”.

—Sí, sí —interrumpió Ulises, entre quejoso y orondo—, para escribir bonito era para lo único que servía!

—Tú otro hijo, Belisario —mencionó Rafael, llevando más lejos las comparaciones— ése sí fue un sinvergüenza. Se me exilió y en La Habana fue uno de los fundadores de ese nido de comunistas que fue el PRD. Allí murió. A ése sí le gustaba la política, pero la de los equivocados. A mí, Ulises, me pasó igual que a ti. Los hijos me salieron pésimos. Con Aminta tuve una hija que mandé a estudiar a París. Me regresó bohemia, pero la casé con el más buenmozo y galante de los dominicanos y la devolví a Francia, pues a esa loca ése era el ambiente que le gustaba. Para no repetir el error, decidí que al varón más grande lo educaría cerca de mí y, tal como tú hiciste, le puse como mentores a lo mejor de la intelectualidad dominicana. El muchacho fue tan precoz que a los tres años ya era Coronel del Ejército, sin haber sido nunca cadete y se graduó de abogado, sin haber asistido nunca a la universidad.

— ¡Qué amor de padre! —pensó para sí Ulises.

— Sin embargo —prosiguió Rafael— lo que le gustaba era parrandear y tocar guitarra y, a pesar de que lo hice Jefe de la Aviación, nunca supo mandar, ni le interesó la política, lo mismo que te sucedió con Ulisito.

— Yo al mío ni siquiera traté de ponerlo a mandar, pues sabía que era inútil —admitió Ulises, con una visible expresión de derrota dibujada en la cara.

— Pero lo peor pasó —concluyó Rafael— cuando el Servicio Secreto de su Aviación cometió el grave error de enseñarle a ese muchacho una vaina que escribió en México el puñetero de Galíndez, que decía una cosa, que aunque todo el mundo en mi país la sabía, a Ramfis se la habíamos ocultado para no mortificarlo y desde entonces ese muchacho no me perdonó que él hubiese nacido varios años antes de que yo me casara con su mamá. De ahí en adelante el muy pendejo no salía de un psiquiatra, se enchoncló, se volvió mocato, nada le importaba ni un carajo, se ocultaba detrás de unos Ray Ban grandísimos y cuando lo convencí de que se fuera a estudiar a una academia militar en los Estados Unidos, los americanos tuvieron la osadía de cortarlo en los exámenes. Tu error y el mío fue no hacer como Somoza, que mandó a los suyos, desde chiquitos, a academias militares norteamericanas para que aprendieran a tener disciplina, cojones, don de mando y amor por la patria. Si lo hubiéramos hecho, al momento de nosotros morir, tu Ulisito, a pesar de tener sólo 23 años, y mi Ramfis, con sólo 31, hubieran continuado nuestra gran obra de gobierno. Ese fue nuestro principal fracaso, Ulises. Por exceso de amor los educamos mal. Esa fue nuestra principal decepción. No entraron a la Guardia desde el principio, como hicimos tú y yo. Ese ha sido el mayor desencanto de mi vida. ¡Y pensar que el muchacho se me mató, se me fuñó, borracho y lejos de la Patria!

Ulises, viéndolo cabizbajo y con la mano derecha cubriendo sus ojos, trató de hacerle olvidar su amarga tristeza:

— Fue importante llevar a las más prestantes figuras intelectuales de la época a nuestros gobiernos. Esos tutumpotes le dan prestigio a uno y, aunque *el gallo no mata con el pico, sino con las espuelas*, es preferible tener a esos culebrones del lado de uno. *Ningún hombre es fuerte por sí solo, sino por los hombres notables que lo apoyan*. Además, *la opinión pública es el mejor apoyo en todas las épocas y circunstancias*. A mí mismo me convino mucho haber sido miembro de los Gabinetes de Luperón y del canónigo Meriño. Luego, cuando fui Presidente, tuve como cancilleres nada más y nada menos que al novelista Manuel de Jesús Galván y a Enrique Henríquez. Puse a los historiadores José Gabriel García y Bernardo Pichardo, así como a los poetas Felix María del Monte y Arturo Pellerano Castro a pedir mi reelección. A un geógrafo, historiador y novelista, a

Casimirito Nemesio de Moya, lo tuve como mi Primer Vicepresidente, pero como quiso sustituirme y cometió el error de pronunciarse, tuve que exilarlo, tal y como lo hice con mi compadre Luperón, y es que los intelectuales no saben de política, *dicen que saben de todo pero no entienden nada*. A César Nicolás Penson me lo compré otorgándole una concesión, y Francisco Henríquez y Carvajal siempre me agradeció que le costeara sus estudios en París, aunque yo nunca le agradecí que convirtiera a mi hijo en intelectual. Oiga V. esto que escribió Don Pancho, sobre mí, algo así como un panegírico: “No conocía el miedo, ni se rendía al cansancio. Por tierra, por mar, a caballo, a pie, de día, de noche, en tiempo hermoso como en medio de la borrasca, aquel hombre estaba siempre de pie, incansable, incontrastable, con el mismo porte ligero después de recorrer 30 leguas a caballo como después de levantarse de un Consejo de Gobierno; con el mismo aire impasible o satisfecho, después de presenciar uno de sus crímenes, como después de salir de uno de sus ruidosos bailes... Siempre estaba de acuerdo con su interlocutor, no habiendo estado nunca sino con su propio pensamiento... Tenía un gran conocimiento personal de cada palmo del territorio y de cada hombre que lo habitaba”.

¿Y Don Emiliano Tejera? Ese fue otro que siempre me apoyó y hasta el poeta Federico Bermúdez, aun después de muerto yo, escribió unas bellas estrofas elogiando mi bravura en el momento en que sucumbí ante las balas.

— ¡Coño! ¡A mí ni eso me escribieron esos carajos desgraciados! —rugió Rafael.

—También aprendí que es útil tener a extranjeros que escriban bien de uno —pontificó Ulises— y para esos fines José Ramón Abad me sirvió eficientemente. Pero de toda esa gente, el que más me complació, el que me fue más fiel, aun después de mi muerte, el único que escribió bien de mí en una forma que todo el pueblo lo entendía y el que la gente más leía y sigue leyendo es a Juan Antonio Alix. Ese sí era un hombre serio, porque como V. y como yo, nació en cuna pobre y sabía cómo piensa el pueblo, no como los otros, que sólo conocían el país desde los confines del Parque Colón. Por supuesto, entre esa clase de gente, entre esos “dones”, siempre hay inconformes. A Don Federico Henríquez y Carvajal (que tanto me pidió que ayudara a Martí y a Máximo Gómez, de quienes se jactaba de decir que era gran amigo) tuve que meterlo preso cuando era director de un periódico irrespetuoso de la autoridad. Tulio Manuel Cestero acabó conmigo en su novela *La Sangre*, y a Eugenio Deschamps, Fidelio Despradel, José Ramón López —que se exiló—, Cayetano Armando Rodríguez, Gastón Deligne —el de la vaina esa de Ololoi—, Fabio Fiallo y a la familia Espaillat, siempre los consideré enemigos. Don Américo Lugo, otro inconforme, fue tan oportunista que, cuando me mataron, aceptó ser el ejecutor de mi testamento, representante legal de los intereses de mi viuda, y para colmo, al mismo tiempo, representó al Estado en la preparación del inventario de mis bienes y no sintió nunca que esto podía representar un conflicto de intereses.

El anfitrión, notando que el invitado había agotado el contenido de su copa, le sirvió más champán y luego procedió a regalarse un poco de Carlos I, mientras empezaba a decir:

— Yo tuve la suerte de que cuando tomé el poder la gran mayoría de los intelectuales estaba bien jodida. Imagínate, llevaban catorce años sin coger un chele del gobierno. Durante la ocupación los americanos no tuvieron la inteligencia de darles empleos precisamente a los que más criticaban su presencia en el país para así callarlos, y el pobre don Horacio no creía en ofrecerles un sueldo, pues pensaba a la antigua, consideraba que lo único importante era tener de su lado a los caciques regionales, a los Concho Primos. Así que cuando llegué, pues, a la Presidencia, esos canarios estaban muy hambrientos y yo, que sé bien por dónde le entra el agua al coco, les proporcioné su alpiste. Además, no molestó mucho a sus conciencias el alabarme, pues decían que unos extranjeros, un tal Ariel y un tal Calibán, a quienes respetaban mucho, hubieran hecho lo mismo. Algunos, como Emilio Morel, Tomás Hernández Franco y Francisco Espaillat de la Mota, hasta escribieron artículos calientes contra don Horacio en la prensa, semanas antes de la más bella revolución de América, preparando el ambiente. Los pocos que apoyaban a don Horacio y pertenecían a su partido pronto pasaron bien rápido a mi lado, como fue el caso de Arturo Logroño.

Es cierto que Chilo Peña Batlle se me opuso por once años, pero cuando se pasó, se pasó por completo y trinó mejor que cualquier otro. Pero como esos canarios se sentían incómodos en la jaula que yo les había fabricado, porque no podían gorjear como antes, mandé a la mayoría de ellos al extranjero como diplomáticos y así pudieron gozar de un ambiente más a su gusto, de libros, habladeras, teorías, ¡disparates! ¡disparates! Las mismas pendejadas del Parque Colón y el Hollywood. Pocos me traicionaron volteándose desde fuera y cuando los llamaba de nuevo a su jaula, volvían tranquilamente a ella. Como las mejores familias de la Capital me dieron bola negra en el Club Unión, yo me vengué de ellas nombrando como mis Vicepresidentes, con título, pero eso sí, sin ninguna autoridad, a un Peynado y a un Troncoso, los apellidos capitales más prestigiosos. Varios intelectuales que a ti se te opusieron, cuando yo llegué al poder ya estaban muy viejos y acabados y menos dispuestos a luchar contra gobiernos como el tuyo y el mío. A don Francisco Peynado, por ejemplo, el que tú ordenaste matar, lo enterré con honores en la Catedral, pues su hijo fue mi Vicepresidente; tu enemigo, Cayetano Armando Rodríguez, fue Secretario de Justicia y Canciller interino en el gobierno de Estrella Ureña, pues al que usó de pantalla para mi revolución, le hice pensar que realmente gobernaba en lo que yo hacía mi campaña electoral; Tulio Cestero no escribió ninguna novela contra mi régimen como lo hizo contra el tuyo, sino que durante 15 años me aceptó numerosos cargos diplomáticos; a don Federico Henríquez y Carvajal lo nombré Rector de la Universidad y a su hermano Francisco, el que tú educaste en París, lo nombré diplomático en esa misma ciudad para que siguiera a golpe de vino; su hijo Max fue mi segundo Canciller y su otro hijo, Pedro, el famoso Pedro, fue mi Intendente de Educación, pero como a ése la jaula le resultó demasiado estrecha, nunca más volvió al país, aunque nunca me criticó, pues sólo trinaba sobre temas pendejos.

— ¡Tanto que me atacaron a mí y tan blanditos que se portaron contigo! —comentó Ulises.

— El problema con los intelectuales dominicanos es que terminan escribiéndole la historia a uno —siguió explicando Rafael—, y como todos son unos mediocres, le han echado la culpa de su propia mediocridad a mi gobierno y han escrito una versión de la historia que me perjudica mucho, pues es falsa, ya que ahora alegan que yo los reprimí, que el ambiente reinante durante mi gobierno no les dejaba inspirarse y que por eso la cultura dominicana sufrió mucho durante mi régimen pues éste fue como una especie de Edad Media sin monasterios. Esa vaina es una gran calumnia de esa gente con cerebros inquietos, con el morbo de doctrinas exóticas y extremistas. La verdad es que todos ellos escribieron mejor bajo mi gobierno que bajo los gobiernos que me siguieron. Yo fui quien les sirvió de inspiración y les facilitó las cosas para que redactaran sus mejores páginas y, después que desaparecí, la calidad de su obra se redujo y nunca volvieron a garrapatear tan bien como bajo mi gobierno creativo y estimulador. ¿Acaso Freddy Prestol Castillo escribió, después de 1961, algo mejor que *El Masacre se Pasa a Pie* que, como con los buenos vinos, guardó en una lata debajo de la tierra por más de veinte años? ¿Y Héctor Incháustegui Cabral, acaso superó su *Canto Triste a la Patria Bien Amada* después de mi desaparición? ¿Creía él que yo no me daba cuenta que era un desafecto cuando hablaba esas pendejadas de que en su amplia bandeja del recuerdo veía dos o tres casi ciudades desde un auto veloz? ¿Y Pedro Mir? ¿Ha escrito algo mejor, desde lo que ahora llaman el “ajusticiamiento”, que el país en el mundo que pertenecía a los ingenios? ¡Por cierto, una gran mentira suya, pues ese país a quien pertenecía era a mí! ¿Y acaso Juan Bosch escribió, después de exilarse y después de lo que insisten en llamar el “tiranicidio”, algo superior a los cuentos de *Camino Real*, redactados en mi país y durante mi gobierno? Y Moreno Jimenes, a quien le establecí su Academia de Poesía en mi ciudad natal, para que no anduviera como un buhonero intelectual, vendiendo sus poemas por todos los confines de la patria, ¿acaso después del 30 de mayo escribió algo mejor que la zoquetada esa de la *Hija Reintegrada*? Y Fernández Spencer ¿ha vuelto acaso a ganar otro premio internacional como el Adonais que le concedieron en mi tiempo? Y Rubén Suro ¿ha tenido después de la Era mejor rabiaca que la del haitiano? Y Virgilio Díaz Ordóñez ¿vistió algo mejor que su vieja camisa rota cuando respiró los aires de la democracia? Y los de la poesía sorprendida, que creían que me sorprendían escribiendo abstracciones para así

botar el golpe, pues eran unos desafectos y pensaban que yo no lo sabía; esos, ¿encontraron mejor musa después de mi ausencia? Cuando yo morí, ¿entonces fue que Franklin Mieses se quedó de verdad sin mundo ya y herido por el cielo! ¿Y qué le ha pasado a los Henríquez, que la nueva generación está tan apagada, cuando don Francisco y su hijo Max me sirvieron tan bien? ¿Y Cunito, superó su *Compadre Mon* de 1935? ¿Y Freddy Gatón Arce su *Vlía* de los cuarenta?

Tantas preguntas atropelladas parecían salir de sus labios activadas por la vanidad y la indignación. Sin darle tiempo a su interlocutor para reaccionar continuó:

La verdad, exenta de todo morbosismo personal, es que muchos de los intelectuales tenían un anhelo infinito de superarse en el amor y en la devoción trujillista, como corolario de una concepción política acorde con el ideal de patria grande, próspera y feliz. Pero, como la política es una ciencia abstracta, que obedece a reglas evolutivas y como quiera que no hay regla sin excepción, admito que existieron intelectuales equivocados, desafectos unos, indiferentes otros, y que hablaban inconveniencias y por eso estuvieron siempre en desgracia. Los puse a sufrir, es verdad, pero ese sufrimiento fue precisamente lo que los inspiró. Cuando la Era dejó de ser era y consiguieron empleos públicos y se pusieron chalecos y dejaron de sentirse angustiados, su lira se opacó. ¡En fin, que todos son unos desagradecidos! Y en cuanto a los que murieron antes que yo, como Hernández Franco, Moscoso Puello, Despradel Batista, Chilo Peña Batile y el pobre Marrero, ¿hubieran ellos dado más y mejor sin mí? Y los nuevos, los jóvenes, ¿se han destacado tanto como mi gente, como mis correligionarios y mis desafectos, pues exijo que se reconozca que esos últimos también fueron míos?

Al igual que tú con el terco de Américo Lugo tuve muchos problemas. No pude doblegarlo como por fin lo logré con Chilo. Nunca escribió nada a favor mío y cuando lo contraté para que preparara una historia del país no quiso incluir lo acontecido durante la Era Gloriosa.

—Hizo Vd. mal, buen frère —interrumpió Ulises— siempre dije que *no leería mi historia y que no le temía a la historia* y por eso nunca le pedí a nadie que me la escribiera.

—Bueno, bueno —ripostó Rafael— yo sí quise leer mi historia para asegurarme que la escribieran bien y logré que muchos me la escribieran como yo quería y hasta que me la reescribieran, pues muchas veces las cosas hay que escribirlas de nuevo. Por ejemplo, a Estrella Ureña, al principio se le dio mucho crédito y eso tuvo que reescribirse cuando se me volteó. A María y a Ramfis no les gustaba que se mencionara a Bienvenida y hubo que tacharla de la historia. También contraté a gente extranjera para que escribiera bien sobre mis hazañas, aunque la gran mayoría me engañó, pues lo que escribieron fue una porquería. Uno de ellos fue mi secretario particular, un refugiado español, quien escribió dos libros, uno pagado por mí, diciendo maravillas de mi gobierno; y el otro, que salió simultáneamente y bajo un seudónimo, acabando conmigo. Fue el único caso en que pagué por un libro y me publicaron dos. Años después me aseguré de que pagara esa generosidad con su vida. *Ciertamente gasté mucho dinero en propagandas que se pueden considerar inútiles, pero así son las cosas, siempre hay que pagarlas y algún o algunos extranjeros tienen que beneficiarse. Eso era necesario para contrarrestar a todos esos bandidos que se unen para hacernos guerra de nervios o psicológica, pero con eso no consiguieron nada, porque teníamos fortaleza para soportar y darle el frente a todo lo que fuere, por grande que fuere.*

Así como tú tuviste intelectuales exilados, como Hostos, Luperón y José Ramón López, desde temprano en mi gobierno yo sufrí los ataques desde el exilio de uno de los Jimenes, a pesar de que su padre fue colaborador mío en 1930. ¡Y es que los Jimenes siempre se viran, están inconformes, terminan siempre siendo unos desafectos! A ti Jimenes, después de ser tu aliado, te organizó la expedición del Fanita y su nieto Juan Isidro escribió en La Habana varios libros y folletos asquerosos y llenos de mentiras, entre ellos uno titulado *Trujillo es un Nazi*, y fue tan sinvergüenza que lo publicó durante la Segunda Guerra Mundial para hacer creer a los yanquis que yo estaba con sus enemigos, como si ellos no supieran, a través de mis amigos en el U.S. Marine Corps, que yo no iba a cometer ese error, claro, a no ser que ellos fueran a perder esa guerra, cosa

que, ahora admito, creí al principio. Ese muchacho hasta anduvo organizando expediciones como la de Cayo Confites. Mejor... porque expedición en que se meten los Jimenes, como la del Fanita o la de Constanza, ¡expedición que fracasa! ¿Y Juan Bosch? Ese vegano hijo de español salió del país a los tres meses de la matanza de los haitianos y se dedicó a acabar conmigo y también a organizar expediciones... Fracaso total. Ese sólo sirve para escribir cuentos... *Además, un Gobierno presidido por un Hombre Macho y listo para satisfacer cualquier evento no puede pensarse en tumbarlo con papelitos ni con lengüetazos.* Tuve también poetas en el exilio, como Pedro Mir y Carmen Natalia, inofensivos todos, al igual que los Fiallo. Eso sí, los que escribieron más inconveniencias de la cuenta, como Requena y Galíndez, esos se perdieron.

Rafael, al pronunciar estas últimas frases, pasó el dedo índice por su garganta y a su rostro asomó una expresión lúgubre.

— Con los Primeros Vicepresidentes ambos tuvimos mala suerte —agregó— porque resultaron unos desagradecidos: Casimirito se te pronunció y tuviste que exilarlo y con Estrella Ureña me pasó lo mismo pero, nueve años después, se enfermó, por lo que hice que me visitara en Miami y lo traje al país a bordo del yate presidencial porque me dio pena, tal y como tú hiciste con el agonizante Luperón. Por cierto, un nieto de Casimirito, un muchacho Jiménez Moya, encabezó las expediciones de Constanza, Maimón y Estero Hondo. Tengo que reconocer que a quien no tuve fue a un decimero tan bueno como el tuyo, Juan Antonio Alix, pero, para no quedarme atrás, sus décimas las sustituí con salves a San Cristóbal, cuna de este gran caudillo que es de la nación, y con merengues y danzones que decían que durante la era gloriosa que vivía mi país, durante la cual en toda forma el pueblo se sentía feliz, cuando en Najayo bello sitio ideal (que con su precioso paisaje natural engrandeció la grandeza con su brillo), se oían ciertos cacareos de pollitos por allá, podíamos dejar que llegaran los equivocados, pues recogiendo limosnas no me tumbaban, qué va gallo, qué va, pues no había peligro en seguirme, ya que este gallo de Quisqueya, de pura calidad, que siempre pica bueno-bueno y la cola nunca dá, seguiría a caballo por un camino donde de aquí p'allá era igual que de allá p'acá, o de lo contrario volarían sesos como mariposas.

A Ulises le desagradaban en extremo la megalomanía ridícula y el machismo vulgar de su anfitrión, pero contuvo su malestar y, tomando altura para establecer distancias, apuntó:

— Fíjese, mi querido amigo Rafael, que hay gente que nunca está conforme. Los Patiño se alzaron contra V. y contra mí (yo los perdoné; V. no dejó vivo a ninguno) y tuvimos de enemigo común a los Jimenes, los Fiallo y a los De Lara. A uno de mis adversarios, Horacio Vásquez, lo tumbó V. Ahora bien, tendrá V. que admitir que mis exilados fueron más famosos y destacados que los suyos. Vd. nunca tuvo a un Hostos, a un Luperón o a un Benito Monción como opositor en el extranjero. Como le pasó a V., varios de mis exilados habían sido mis aliados y los muy desagradecidos luego se disgustaron conmigo, como el caso de mi protector Luperón, de Casimirito de Moya y de Ignacio María González. Hostos fue Director de la Escuela Normal durante seis años en mi gobierno, antes de irse al exilio. Lo mismo le aconteció a Vd. con Estrella Ureña, Emilio Morel, Juancito Rodríguez, Rafael Brache y Toño Bonilla. Yo sí admito que también tuve mis muerticos. En mi primer año como Presidente le expliqué a Luperón (para esa época éramos todavía amigos) *que para lograr lo que había logrado había sido menester la palanca de Arquímedes y, sin embargo, todavía estábamos en el principio, pues las enfermedades crónicas no aceptaban remedios heroicos pues el enfermo había perdido la fuerza y la savia.* Le dije que si él estuviera en Santo Domingo, *sobre el potro, hubiera visto a cada paso la inercia, la terquedad, la hostilidad, la resistencia de amigos y no amigos, oponer mil pretextos, dudas, intereses, sospechas, incredulidades, en fin un cúmulo tal de obstáculos que para removerlos hubiera sido preciso prescindir de toda ley y en su lugar establecer un ejército y una guillotina.* Por eso fue que luego yo consolidé la paz, pero para eso tuve que sacrificar el mañana Tuve que fusilar, sin formación de causa, a esos bandidos que quisieron hacer de la política una profesión. A mi principal economista y antiguo miembro del Gabinete, Generoso de Marchena (que de generoso tenía poco y sí mucho

de ambicioso), tuve que mandarlo a fusilar pues, luego de andar años enteros macuto en mano por toda Europa, quería mi puesto.

— Lo mismo me pasó con Marrero Aristy —replicó, apresuradamente, Rafael.

Sin embargo, —añadió Ulises— *con todo lo que se oye decir, yo cargo con muchas culpas ajenas y con muchos muertos de otro*. Para esos servicios (diferentes a los servicios a los misterios del judú) se requiere gente especial. Yo tuve al General Anderson, a Macabón, mi cacique en Samaná. Ese hasta inventó un aparato llamado “la yegua”. Al que se lo aplicaban, cantaba como un ruiseñor. También tuve quienes me reportaban lo que decían mis enemigos en San Thomas y Curacao; eran gente que *abejoneaba bien las cosas*.

— En eso nunca fuiste tan eficiente como yo —susurró, vanidoso, Rafael—, sobre todo después que mandé a México a Johnny, a Johnny Abbes. Ese me modernizó el servicio. Además, para comprometer a mis oficiales, yo a cada uno lo mandaba a hacer un servicio y ellos sabían que yo sabía quién en el responsable de que alguien se hubiera perdido por hablar inconveniencias. Además, tenía espías en todo lugar extranjero donde vivieran dominicanos. Félix Bernardino se especializó en establecerme ese servicio.

— Servicio moderno tenía yo con mi telégrafo en código —aclaró Ulises, como para no quedarse atrás—. Eso lo adopté después de mandar una carta en barco a Puerto Plata ordenando la muerte de Francisco J. Peynado, pero como llegó varios días después, ya el muchacho había salido en un balandro. El uso del telégrafo en clave evitó esos inconvenientes. Desde entonces, cuando yo le enviaba un telegrama a uno de mis caciques, ya fuese Guelito en Montecristi, Perico en Santiago, Fedé en Puerto Plata o Loló en Santo Domingo, por ejemplo con las palabras ABETE FULANO DE TAL, ellos sabían de inmediato que eso significaba: “Es necesario que usted capture a fulano de tal. Es preferible cogerlo muerto porque se trata de un individuo que es una amenaza constante para la sociedad”. Si el telegrama decía GACHUMBO PERENCEJO DE TAL quería decir: “Públicamente, llevando todas las formas que son del caso, es decir, con todo aparato, poniéndolo en capilla y observando todos los demás requisitos, fusile usted a perencejo de tal. Debe hacerse esto en la forma que indico para que la ejecución sirva de saludable escarmiento a cuantos pretenden alterar el orden público”. ¡Qué rapidez, eficiencia!

Un esbozo de sonrisa se dibujó en la cara del invitado, que se atusaba el bigote con una mano, creyendo haber concluido el asunto...

— Yo pacifiqué a mi país bien temprano *para así abrirme paso en la lid del esfuerzo productivo* —interrumpió Rafael—. En el primer año se me pronunciaron los desafectos Cipriano Bencosme y Piro Estrella, y en el segundo Desiderio Arias. Creyeron que estaban en los tiempos tuyos, cuando no había un ejército moderno que pudiera trasladarse a cualquier parte del país en cuestión de horas y cuando, por el contrario, todo el mundo tenía sus tropas particulares. Tampoco pensaron que los americanos me dejaron el país desarmadito, limpio de hierros (excepto a mí, con mi propio ejército, por supuesto), y con buenas carreteras para mandar a mis hombres a cualquier lugar donde se atreviera algún general conchoprimista a pensar en sus días de juventud. El único inteligente que se dio cuenta de eso fue el viejo Apolinar Rey, el de tu Estado Mayor, pues fue de los líderes de la más bella revolución de América y yo, en recompensa, lo nombré Senador. Desiderio al principio estuvo claro, pues me apoyó, pero a los pocos meses de la revolución ya estaba virao. El pobre, se confundió. Después ordené *encarcelar a todo individuo que hubiera lanzado propagandas que tendían a llevar la intranquilidad a la familia dominicana y a tratar de subvertir el orden social y público establecido por mi Gobierno a costa de tantos desvelos y sacrificios*.

—V. sí tuvo suerte Affmo. amigo —dijo Ulises—, mandaba con la Guardia, mientras que yo, aunque era genral de División y Jefe del Ejército nacional, dependía de la lealtad de mis caciques regionales, de mis compadres y de mis escasos dragones y cazadores. Pero me daba cuenta del peligro y para conseguir soldados promulgué una ley contra la vagancia, obligando a todos los vagos del país a entrar en el servicio militar obligatorio y ni así reuní mucha gente. En

consecuencia, yo realmente conté sólo con la amistad de los notables en cada pueblo, mis amigos, como Segundo Imbert y Cosme Batlle en Puerto Plata, Demorizi y Macabón en Samaná, Juan Isidro Jimenes (antes de que se me volteara) en La Línea, y Lico Castillo en San Francisco. Cuando no vencía con las armas, ganaba con las papeletas. Se me pronunciaron y tuve que luchar contra mi propio Primer Vicepresidente, Casimirito de Moya; contra Braulio Alvarez, quien luego se pasó a mi lado; tres veces combatí en los levantamientos de Cesáreo; también tuve que guerrear contra Benito Monción, Tilo Patiño y contra los Bimbines. El General Polín Espaillet se me exiló. Cuando veía que eran muchos, cogía dinero prestado a Cosme Batlle y regaba papeletas en vez de balas y *es que yo preferí que me tumbaran por recio que caer por blandito*. ¡Eran años de pelea! Imagínate que entre 1882 y 1889 enfrenté nueve levantamientos armados en el Cibao, La Línea, Moca y Samaná. Incluso tuve que sitiarse La Vega. A todos vencí. *Jamás ha habido mejor sistema de conquista en esta tierra santa que la que han sido adquiridas por la suerte de las armas. Yo lamento los medios de que se dispone para obtener semejantes triunfos, pero admito los fines, y es destruir con elementos fuertes las ponzoñas de las víboras que constantemente acechan impunemente a los hombres pacíficos para destrozarnos. No podía darme el lujo de una victoria que no fuera total. A mis enemigos tuve que mostrarles siempre que me sentía superior a ellos, mirándolos como mira el águila al mochuelo, de arriba abajo. Tuve que estar como Dios en todas partes, pues la República Dominicana es un país en que, con raras excepciones, cada hombre es un candidato a la Presidencia y casi todos quieren gobernar a la vez. Tuve que inspirar un temor saludable en un país a medio civilizar. Vencí hasta a los norteamericanos y a los alemanes que apoyaron a los Jimenes en lo del buque Fanita, porque veían sus intereses amenazados. En resumen, que el dilema es ser o no ser, y es preciso ser.*

—Se dice “*rey muerto, rey puesto*” y “*a rey muerto, gran lanzada*” —enfaticó Rafael— y *¡lo que uno no debe es caer, ni dejarse joder!* A mí los americanos me defendieron cuando las cuatro invasiones que tuve que enfrentar, pero después me traicionaron y apoyaron a mis asesinos, porque ya en ese momento dizque yo representaba un estorbo para sus planes de tumbar a Fidel Castro.

— Los señores canónigos me atacaron —se lamentó Ulises— porque yo era masón y porque permití a Hostos establecer su escuela laica, que contradecía las ideas religiosas y rompía con el monopolio de la Iglesia en la enseñanza. Sin embargo yo había sido antes Ministro de lo Interior en el gobierno del Padre Meriño y siendo el principal sostenedor de ese gobierno, asumí muchas responsabilidades.

— Yo —recordó Rafael— *no fui masón ni tuve simpatía hacia esa institución*. Inicialmente no tuve problemas con la iglesia, pues la presidía Monseñor Nouel, quien ya estaba muy viejito, pero su sustituto, el Padre Castellanos, un zorro político que luego se puso la sotana, se me insubordinó. Por suerte se murió del susto que le di. Después llegaron curas extranjeros y con ellos me llevé a las mil maravillas. Si Monseñor Pittini me pedía que suprimiera el comunismo, lo suprimía. Si me pedía que atajara a los protestantes, los atajaba. Si había que criticar las ideas de Hostos, yo ordenaba que se criticaran. Esos curas extranjeros me apoyaron ciento por ciento y hasta el Papa en Roma me recibió, mientras el Padre Pozada en Ciudad Trujillo explicaba a la juventud, elocuentemente, por qué tenía que quererme, agradecerme, y, sobre todo, obedecerme. En reciprocidad les construí sus iglesias y firmé el Concordato, que no permitía el divorcio, pero eso solo lo hice después de haber modificado varias veces las leyes sobre el divorcio, para resolver mis asuntos personales, y eso los curas no me lo objetaron. A los Testigos de Jehová los prohibí porque no reconocían mi autoridad ni saludaban la bandera nacional. Sin embargo —y Perón me lo advirtió—, cuando llegó un Nuncio Apostólico de apellido Zanini las cosas cambiaron y además, cuando eso había un Papa diferente al que yo había conocido y a quien no le gustaban gobiernos como el mío. Entonces, olvidándose de lo mucho que antes me había apoyado y lo mucho que yo había hecho por ella, La muy desagradecida Iglesia me atacó con Pastorales. Yo le riposté con foros. Reconozco que perdí. Pude contra curas criollos, pero no contra los extranjeros. El último

discurso que redacté, el mismo día de mi muerte, era para la inauguración de un templo protestante, pues ya buscaba fortalecer a su competencia.

— En resumen, que *le movieron el altar y se le cayeron los santos* —bromeó Ulises—. La Providencia fue generosa con nosotros, pues un fuerte ciclón zarandeo a la capital, pero sólo tres días después de mi muerte, como castigo (pienso yo) por esa desconsideración, mientras que a V. San Zenón le llegó apenas tres semanas después de juramentarse pero, en vez de zarandearlo, consolidó su poder.

— No sé por qué ahora critican la forma en que gobernamos —protestó Rafael—; después de todo, nosotros seguimos la moda de nuestra época. Yo imité a mis contemporáneos: Machado en Cuba, Gómez en Venezuela y Ubico en Guatemala. Es más, para 1930, en toda América Latina había gobiernos como el mío, con excepción de Uruguay, Costa Rica y Colombia, tres países que no se parecen a nosotros y que privan en europeos. Entre febrero de 1930 —cuando yo tomé el poder— y febrero de 1931, estallaron siete revoluciones en América Latina. La mía, la primera, la más bella, sirvió de ejemplo a las otras seis.

La conversación, en vez de agotarse, tomaba nuevos bríos en cada evocación. Ambos permanecían sentados, tratando de descubrir la verdad en las afirmaciones de su interlocutor, traspasando con una mirada de halcón lo que decía el otro, en ese ambiente íntimo en que pasaban revista a tantos años de sus respectivos regímenes. Ulises, siempre cordial y caballeroso, habló para darle la razón a Rafael:

— Eso es totalmente cierto. En mis tiempos gobernaba Guzmán Blanco en Venezuela, quien moriría en París tan sólo cinco días después que yo, el Dr. Francia en Paraguay, y Rosas en Argentina. Yo me inspiré en ellos. Mis lecturas predilectas eran la novela “Amalia”, que trata sobre los tiempos de Rosas, y “El Príncipe” de Maquiavelo, que trata sobre los tiempos de toda la gente como V. y yo. Las potencias extranjeras respetaron mi forma de gobierno hasta el día en que violé el escudo y los sellos del Consulado Francés en Santo Domingo, buscando un dinerito. Entonces mandaron un barco de guerra, todo abanderado y con fanfarrias, comandado nada más y nada menos que por un Almirante parisino y poco después tenía frente a la capital, tratando de asustarme, a dos barcos de guerra franceses, uno italiano y otro español. Contra fuerzas como ésas no podemos paisitos como el nuestro y tuve que ceder. Como si eso fuera poco, dos años después el gobierno francés concentró en San Thomas su flota antillana, con el propósito de bloquear los puertos dominicanos y de colaborar con mis enemigos y hasta se me acusó de estimular que en Santo Domingo se entonaran canciones insultantes a Francia. ¡Eso fue una calumnia! Fueron mis enemigos en el exilio los que prometieron a los norteamericanos cederles, una vez en el poder, a Samaná y a Manzanillo, para desde allí los americanos poder atacar a los españoles en Cuba, a cambio de que financiaran una expedición para tumbarme. ¡Esos malos dominicanos estaban dispuestos hasta a ceder parte del territorio nacional con tal de eliminarme! Los americanos y los alemanes ayudaron a Jimenes en la invasión de El Fanita. Esos grandes países se voltearon contra mí porque creían que yo no podía seguir protegiendo sus intereses, es decir los intereses de aquellos de sus ciudadanos a quienes yo les debía dinero. Un poco antes de mi muerte la cosa se me puso tan difícil que, para calmar a los norteamericanos, yo mismo tuve que ofrecerles la Bahía de Samaná en arrendamiento. Fueron unos desagradecidos porque yo les había permitido montar sus ingenios en el Este y sus bananeras en Sabana de la Mar y Sosúa. Yo siempre les expliqué que era *imposible gobernar a mi gente del mismo modo que ellos gobernaban en los Estados Unidos. ¡El hombre negro sólo puede ser gobernado bajo miedo y el mestizo aún más, porque es traicionero!*

— A los pocos días de tomar el gobierno —explicó Rafael— cuando todavía yo no me había consolidado, ofrecí a los norteamericanos arrendarles Samaná para que establecieran allí una base naval y, en medio de la desesperación del Ciclón de San Zenón, les juré ante la prensa que les pagaría la deuda religiosamente. Pero poco después, cuando me sentí seguro, no volví a mencionarles el asunto de Samaná y al año siguiente decidí por mi cuenta, sin consultarlos, pagarles sólo los intereses de la deuda pero no seguir amortizándola, y lo aceptaron. *Yo conozco*

mucho a nuestros amigos del norte, a quienes hay que saber entender y tratarlos como son, pues son civilizaciones distintas, indudablemente. Los Estados Unidos es un país tan grande en extensión territorial y en número de habitantes —posiblemente unos 175 millones— que se hace un país complicado en su vida y en su funcionamiento, pero indudablemente en su inmensa mayoría, los americanos son personas buenas, y un porcentaje ya sabemos como son: perversos, malos, gansters, etc., pero es necesario tratarlos porque hay mucha gente buena y mucha gente decente, pero también muchos periódicos, de gentes ricas e intelectuales, pero que quieren empañar los hechos verdaderos. Periódicos grandes y pequeños que escandalizan frecuentemente para poder vender sus ediciones rápidamente. Como no podemos modificar ningún pueblo fuera del nuestro, tenemos que ver las cosas con cierta naturalidad, no irritamos ni ponemos en contra de ellos, todo lo contrario, ser dóciles, diplomáticos y tratar de decirles la verdad. ¡En conclusión, el pueblo americano es un gran pueblo! Ciertamente en Washington todo estaba bien, a excepción de que la prensa amarilla a veces nos atacaba, pero no había que tomarlo en cuenta.

Los presidentes Hoover y Roosevelt creían en la no intervención en los asuntos internos de nuestros países y no se metieron conmigo, excepto cuando metí preso a Barletta, que representaba a la General Motors y quien, además, era apoyado por Mussolini, que todavía era amigo de los americanos. Entonces sí me dieron mi apretadita. Tuve que soltar al italiano, pero le eché la culpa de todo el tolo a mi Canciller, el obeso Arturo Logroño, y lo boté. ¡La gente dijo entonces que yo había bajado la grasa y subido los spaguettis! Conseguí emplear a un íntimo de Roosevelt y de su Canciller Cordell Hull, al millonario Davies, y con él resolví todos mis asuntos, sin tener que hablar pendejadas con los diplomáticos del Departamento de Estado, los cuales, encabezados por Sumner Welles, viejo amigo de Horacio Vásquez y enemigo mío, nunca apreciaron en toda su magnitud mi extraordinaria obra de gobierno. ¡Pero allá ellos! Pues también estaban mis viejos amigos del U.S. Marine Corps y esos sí me querían, porque, después de todo, yo era su hechura y a ellos les debo muchísimo ya que tenían muy buenos contactos tanto en la Casa Blanca como en el Congreso.

Traté de que Roosevelt me invitara a Washington, como había hecho con Batista, Somoza y Vincent y, cuando me di cuenta de que él no lo iba a hacer, me aparecí de todas maneras por mi cuenta y me entrevisté con él, pero el muy desconsiderado no permitió que nos fotografieran. Eso me molestó muchísimo pues si él había ido a Haití y se había fotografiado allí con Vincent y luego se volvió a fotografiar con él y con Batista en Washington, no había razón para no fotografiarse conmigo, ¡más cuando yo había puesto a su propio hijo en mi nómina! Me tuve que conformar con una fotografía con Cordell Hull, la cual repartí por todo el país. Tampoco aceptó Roosevelt mis invitaciones de venir a visitarme a Ciudad Trujillo, pero sí complació a Vincent y se le apareció en el Cabo. ¡Mis amigos del Marine Corps sí me trataron como yo me merecía y es que la guardia siempre se entiende! Cuando vino la guerra, entonces fue cuando apreciaron de verdad a mi gobierno, pues no querían problemas en el Caribe y por primera vez me complacieron enviándome una misión militar, cosa que yo había pedido desde principios de mi régimen. También, por primera vez, me vendieron aviones y armamentos. Después de la guerra, en la cual los Aliados derrotaron a los hombres fuertes de Europa, a Hitler y a Mussolini, los americanos pensaron cándidamente que tenían que ser consistentes en su actitud y que en América Latina debían tumbar a gente como Perón y como yo, y la verdad es que por un tiempo me vi muy apretado y tuve que hilar fino, cediendo un poco y permitiendo que unos muchachos imberbes, carpetosos e ingenuos, tuvieran su chance y jugaran por un tiempo a la oposición y publicaran sus periodiquitos y hasta celebraran su par de mítines. En fin, que a esos puñeteros tuve que aguantarles sus pendejadas, sus vainas, sus mojigangas y sus jodiendas, pero pronto los norteamericanos se dieron cuenta de que el problema no era el totalitarismo sino otro ismo, el comunismo, y desde ese día comunistas fueron todos mis enemigos, acabé con tantas pendejadas, tranquilé a todos esos muchachos para que se dejaran de vainas y fui el más anticomunista de todos los líderes del Caribe. ¡Algunos de esos tigres bimbines, esos pendejos comparones de mierda, se perdieron para siempre! La consigna desde entonces fue odiar a los comunistas ateos más que a los propios haitianos. Así conseguí el apoyo total de los

americanos. Les decía, por ejemplo, que la República Dominicana *continuaba imperturbablemente su marcha, encarándose con firmeza tanto a la confabulación de las fuerzas de la subversión mundial, como a la de los agentes filo-comunistas que el azar había colocado en posiciones directivas en los Estados Unidos y en otros países del hemisferio. Agregaba que nuestra importancia estratégica, unida al hecho de que representábamos en el Caribe el único régimen de orden y de estabilidad en medio de la tormenta demagógica que se había desencadenado sobre esa zona, tendría a la postre que imponerse en los mismos medios que nos eran decididamente adversos y que no habían logrado medir, en toda su magnitud, la importancia que tenía nuestra supervivencia, no sólo para nuestro propio país sino también para la comunidad americana entera y para todo el mundo libre.* Al final, sin embargo, ellos se dieron cuenta de que un gobierno parecido al mío, el de Batista, había provocado una revolución comunista, la de Fidel Castro, y pensaban, equivocadamente que si yo seguía por donde iba, en mi país también sobrevendría un régimen comunista. Me enviaron a un amigo común para pedirme que renunciar; al tiempo que me garantizaban mis bienes y mi fortuna y cuando, por supuesto, les dije claramente que no lo haría, que a mí había que matarme en mi país, se aliaron con los exilados y con mis enemigos dentro del país y, junto con la Iglesia, organizaron un frente común.

Esos pendejos lo hicieron muy mal, porque no es verdad que yo era un pendejo como Batista, ni mi ejército era blandito como el cubano, pues mientras Castro llegó a Cuba con un puñado de hombres y le ganó a todo un ejército, aquí llegaron por Maimón, Estero Hondo y Constanza cientos de hombres y *sus sesos volaron como mariposas* en cuestión de días. ¡Y pensar que cuando decidieron voltearse contra mí, su presidente era un general, un guardia como yo!

Ulises pensó que la perorata de su anfitrión nunca terminaría y, aprovechando la brevísima pausa que siguió a su última exclamación, acotó:

— Los europeos se pusieron en contra mía porque yo no pagaba la deuda contraída con ellos, pero los norteamericanos no querían que los europeos apretaran a los gobiernos de nuestro continente. ¡Ellos consideraban que América era para los norteamericanos! Ese derecho de apretar lo querían los norteamericanos sólo para ellos. Pero mi problema, Rafael, era que yo no les debía a ellos, sino a los europeos y éstos últimos seguían apretando y los americanos seguían buscando cómo sacarlos del medio, cuando el que estaba realmente en el medio era yo. No entiendo cómo los americanos se voltearon en contra suya precisamente cuando ya V. les había pagado hasta el último centavo de la deuda que heredó y no había vuelto a tomarles prestado. El complot para matarme fue urdido por mocanos, pero en París, en el continente de mis acreedores. Eso sí se entiende. Pero si V. no perjudicaba sus inversiones y no les debía nada, no había razón para atacarle, a no ser que ellos quisieran un sustituto que se endeudan rápidamente con ellos. ¡Esa gente no es fácil de entender!

Lo que más me intriga es notar que en las dos ocasiones en que los norteamericanos se voltearon, primero contra mí y luego contra V., ellos tenían serios problemas en Cuba. Cuando a mí me mataron, los americanos estaban peleando en Cuba contra los españoles y cuando lo mataron a V. también estaban peleando en Cuba, aunque por abajo, contra Fidel Castro. Lo que pasa aquí es un reflejo de lo que acontece en La Habana.

No sé por qué critican que se nos honran con tantos títulos —agregó Ulises, poniéndose súbitamente de pie, para dar énfasis teatral a sus palabras—. Después de todo, lo que hicimos fue seguir una tradición bien establecida entre nosotros los dominicanos. ¿No se le llamó a Santana “Libertador de la Patria”, al reincidente de Báez “Gran Ciudadano”, al General Cabral “Protector de la República” y el bandido de Jimenes no hizo que lo llamaran “Ilustre Regenerador de la Patria”? Por eso no objeté que me llamaran Restaurador, pues luché contra los españoles, ni Pacificador de la Patria, porque efectivamente pacifiqué a mi país, ni Benemérito, porque bien que me lo merecía. Tampoco vi mal que una provincia recibiera el nombre de Pacificador, ya que, después de todo, era una provincia pequeña, que sólo cubría a San Francisco de Macorís, Villa Riva y Matanzas. Utilicé un bicornio porque era lo que entonces estaba de moda en Europa, como parte

del uniforme de los embajadores. Fui tan modesto que inicialmente me resistí a que se gastara dinero en la construcción de una estatua ecuestre mía pero, al final, tuve que ceder ante las presiones de mis amigos. Total, que nunca llegué a verla, puesto que después de mi muerte quedó abandonada en un muelle de Barcelona. ¡Así son los dominicanos de desagradecidos y oportunistas! Nadie quiso pagar el flete para traerla al país. Casi cuarenta años después, cuando la Guerra Civil española, mi estatua fue fundida para convertirla en balas, pero nunca supe contra cuál bando fueron utilizadas ni cuántos yacen en ese país, con las incrustaciones del plomo de mi efigie.

Rafael lo seguía con la mirada, observando minuciosamente cada detalle del atildado atuendo de su invitado. Cuando lo vio sentarse y ya lo tenía de nuevo frente a sí, comentó:

— Yo usé tu bicornio cuando me juramenté por primera vez porque Estrella Ureña me explicó eso mismo, que él lo había usado en Europa cuando había sido embajador de don Horacio y, desde entonces, me acostumbré a él. Para mí, además, fue un honor utilizar tu sombrero, el cual se mantuvo bien conservado durante treinta años, esperando a alguien que lo apreciara. ¡Además, a los dominicanos les gusta que sus jefes vistan de una forma que refleje e indique que están mandando! *Mi entusiasmo por las condecoraciones y mi afición por los títulos eran parte de la pompa teatral en la implacable lucha por el poder. No respondía, en el fondo, a un simple sentimiento de vanidad, como muchos creyeron, sino que fue uno de los recursos de que me valí como artista de la política que era, y por el conocimiento profundo que tenía de la psicología de las masas, para sugestionar a la multitud y para influir sobre la imaginación de los hombres con todo el prestigio de mi fuerte y desconcertante personalidad.* Finalmente, mis títulos no me los puse yo, sino que fueron los intelectuales, la gente de primera de mi propio país, quienes los sugirieron. Yo no me iba a negar a eso, viniendo esas sugerencias de donde venían.

— Además, fuimos demócratas —aclaró Ulises, sabiendo que hallaría complicidad—, tanto que, cuando nos cansamos de mandar permitimos que otros fueran presidentes, aunque yo dejé establecido bien claro que *sea quien fuere el Presidente, yo gobernaría* y así lo hice. Puse a Francisco Gregorio Billini de Presidente y me fui dizque de viaje a descansar a Puerto Rico, San Thomas y Curacao pero, por abajo, yo seguía gobernando, la jicotea era mía. Lo dejé como Presidente por unos veinte meses y luego permití que Alejandrino Gil fuese Presidente por otros veinte meses más. Pero me cansé de las vacaciones y volví a lo que realmente nunca había dejado. ¡A Alejandrino le gustó tanto eso de ser Presidente que cuatro años después de mi muerte fue Presidente de verdad!

— Eso mismo hice yo —dijo, como un eco, Rafael— puse a Peynado y a Troncoso como Presidentes y me fui a pasear, pero por países grandes y civilizados, países importantes, como los Estados Unidos y Francia. Luego puse como Presidente a mi propio hermano y finalmente a Balaguer. ¡Con este último me pasó lo mismo que a ti con Alejandrino, ya que a los cinco años de mi muerte fue Presidente de nuevo y de verdad!

— Yo —alardeó Ulises— fui el gran campeón del antillanismo. Ayudé a Betances en sus esfuerzos independentistas y a Martí y Máximo Gómez en la campaña que buscaba sacar a los españoles de Cuba para hacerla libre. Cuando me fueron a pedir ayuda para la expedición de estos dos a Cuba, los complací, pero como *Cuba era mi novia, pero España mi esposa*, les advertí que *el General Heureaux acababa de atenderles y complacerles en todo, pero que deberían procurar que éso no lo supiera el Presidente de la República*. V. por el contrario, trató de matar a Rómulo Betancourt en Venezuela; era enemigo del gran líder puertorriqueño Muñoz Marín y de los grandes demócratas y revolucionarios cubanos como Grau San Martín y Fidel Castro, y a estos últimos dos trató de tumbarlos. Incluso Fidel se apoderó de las armas que V. envió a Cuba para “liberarla” de su revolución y las repartió entre su ejército rebelde.

— Lo que hizo Fidel —replicó Rafael, molesto— fue simplemente cobrar una deuda histórica, y no es cierto que tú apoyaras la liberación de Cuba, pues le quitaste a Máximo Gómez las armas que había reunido para hacerlo. Cuando Cayo Confite, la corbeta Máximo Gómez fue

precisamente la que interceptó a los expedicionarios dominicanos. Luego Fidel me quitó a mí las armas que yo envié para liberar a esos mismos cubanos.

— V. destruyó para siempre al Partido Dominicano —argumentó Ulises, creyendo que daría un golpe certero.

— Y tú al Azul —completó tranquilamente Rafael.

Ahora fue éste quien se puso de pie y comenzó a dar un lento paseo por la habitación, mirando el decorado que había hecho colocar allí, mientras Ulises, sin poder ocultar su decepción, decía:

—Por ser hijo de haitiano y negro me acusaron injustamente de practicar la brujería. Américo Lugo, uno que privaba en libre pensador, me describió como “supersticioso, pero ateo” cuando la verdad es que los blancos creen más en brujerías que los negros. El ilustre sacerdote español Bartolomé de las Casas, que vivió muchos años en mi ciudad natal —por lo que en cierto sentido somos compueblanos—, refiriéndose a los europeos acusó a esos blancos de practicar “las reprobadas supersticiones y maléficas artes nigrománticas” explicando, en un libro que escribió en Puerto Plata, que éstas eran la geomancia (arte de adivinar por ciertos puntos y señales que aparecen en cosas pálidas o con lustre, como las espadas); la aerixnancia (arte de adivinar a través de las cosas que aparecen en el aire); la piromancia (adivinar en el fuego); la ornimancia (arte de adivinar usando las entrañas de las gallinas ciegas o silvestres); la pedoxomancia (arte por el cual se inquieren las cosas secretas y oscuras analizando las entradas de los niños); la aurispicina (adivinando con las entrañas de animales que se sacrifican en altares); la nigromancia (adivinar el futuro usando los cuerpos muertos o por invocación a las ánimas o los demonios); la chiromancia (analizando las rayas en las manos); y la hidromancia (a través de ceremonias hechas en el agua y utilizando sus reflejos). Otros han descubierto que desde hace cientos de años los blancos, supuestamente superiores a los negros, practican la gastromancia, la catroptomancia, la cristalomancia, la dactilomancia, la coskinomancia, la onicomancia, la axinomancia, la cefalomancia, la cleidomancia, la capnomancia, la libanomancia, la tefranomancia, la vinomancia, la critomancia, la tiromancia, la antropomancia, la dafnomancia, la botanomancia, la onfalomancia, la muniomancia, la litomancia, la rabdomancia, la lampadomancia, la partenomancia, la astragalomancia, la oneiromancia y la espatulomancia, para no hablar de la hipatoscopía, la ornitocospía, la sortiaria, la apotelesmática y los augurios. ¡Si un presidente de los Estados Unidos cree en la astrología es un hombre culto, pero desde que asume el poder un negro lo acusan de brujo, de ignorante y de supersticioso!

Rafael, sofocado por este alarde de erudición, por esta extensa lista de artes ocultas, murmuró, todavía de pie:

— Cuando tomé el poder me encontré con que el país estaba lleno de haitianos y cocolos, sobre todo en los ingenios. Esto era un peligro para nuestra nacionalidad, un atentado contra la preservación de nuestras raíces hispánicas, por lo que de inmediato pasé leyes para que no siguieran viniendo y deporté a muchos de los que deambulaban por nuestros campos y ciudades. Los norteamericanos dueños de los ingenios y los diplomáticos de ese país, así como el Ministro inglés, dañaron el asunto, presionándome continuamente hasta que tuve que desistir de mis propósitos. Me argumentaron que a los dominicanos no les gustaba cortar caña y cuando les dije que lo harían si se les pagaba más, me explicaron que los precios del azúcar estaban tan bajos que preferían cerrar que aumentar. Admito que tuve que ceder. Después me di cuenta de que varios de mis asesores eran a la vez abogados de los ingenios y me aconsejaban lo que convenía a aquellos que les pagaban las iguales. Después de estar cinco años en el poder, ordené un censo nacional, el cual, para mi sorpresa y decepción, evidenció que en el país había más haitianos que en 1921, cuando los norteamericanos habían hecho el censo anterior. Me di cuenta de que tenía que sacar a los haitianos del país pero los norteamericanos no querían que tocara a sus braceros y al Presidente de Haití no le interesaba que su gente volviera a su parte de la isla, pues suficientes problemas tenía ya con los miles de braceros que en esos momentos le estaba devolviendo Batista de Cuba donde, a pesar de

los norteamericanos, sí se pudo efectuar esa deportación, pues allí los sindicatos eran más fuertes y los precios del azúcar más altos. Viajando por primera vez en mi vida por la frontera Norte me di cuenta de cuán serio era el problema. ¡Que Diyettá me perdone, pero no había otra solución! Ordené el corte, eso sí, un corte con machete, para que luego no dijeran que los responsables habían sido mis soldados, pues esos sólo matan con balas. Con ese corte reduje en algo la presencia de haitianos. Entonces se me ocurrió que otra forma de enfrentar el problema era con una *inyección de sangre nueva, especialmente de la raza blanca*. Esto lo había tratado de hacer antes Mon Cáceres con unos rumanos, y don Horacio con unos finlandeses, pero tuvieron poco éxito. De inmediato le escribí al Presidente Roosevelt proponiéndole que me enviara miles de campesinos puertorriqueños, pues en esa isla había ya demasiada gente y hasta estaban involucrándose en actos de violencia pues mataron al Jefe de la Policía, un americano, pero el pendejo de Sumner Welles le dijo que bajo mi gobierno no había seguridades para los ciudadanos norteamericanos y que como los puertorriqueños eran ciudadanos de ese país y ya varios se habían perdido en mi patria por estar hablando inconveniencias, no procedía esa migración y por esa calumnia fracasó mi proyecto. Entonces, recordándome que Luperón le había pedido al Barón de Rothschild que enviara judíos a nuestro país, decidí hacer lo mismo, pero yo no fracasé, pues hablé con un enllave político de Roosevelt en New York, que era el líder político de los judíos y decidieron mandarme a cientos de ellos, hecho que me dio mucha publicidad internacional precisamente en el momento en que más la necesitaba, pero no ayudaron a blanquear mucho la raza pues se fueron pronto del país, ya que era gente acostumbrada a ir a la ópera y al ballet los fines de semana y yo los había puesto a ordeñar vacas. Luego me llegaron los españoles que derrotó Franco. Esos eran muy cultos pero muchos eran comunistas que se pusieron a meterles pendejadas en las cabezas a nuestros muchachos y por eso tuve que enviarlos a colonias agrícolas bien alejadas. A los anarquistas los envié a Dajabón donde, en vez de trabajar con el colín, se pusieron a hacer teatro surrealista. A los comunistas los mandé a Pedro Sánchez, donde tuvieron la osadía de poner una fotografía de Stalin junto a la mía. En fin, que entonces me vi obligado a despacharlos en goletas hacia Cuba y México para no tener que trancar a gente tan blanca como ésa. Sólo algunos se quedaron, por lo que tampoco blanquearon mucho. Cuando años después visité a mi amigo Francisco Franco, hice que me mandara más españoles. Esos sí estaban ya disciplinados y no pensaban tantas vainas como los otros y produjeron buena agricultura e hicieron buena labor de encaste. También traje a rusos blancos y a húngaros porque, además de ser blancos, me dijeron que eran muy anticomunistas. Sin embargo, también me crearon problemas. Los japoneses que importé también sabían mucho de agricultura pero no les gustaba juntarse con los dominicanos. En fin, que a pesar del corte y de la inmigración, no pude blanquear tanto la raza como me hubiera gustado.

Ulises, visiblemente excitado, poniéndose también de pie, exclamó, de pronto:

— Más hizo un prieto como yo para blanquearla, pues puse al país tan tranquilo que, hasta sin quererlo, se comenzó a llenar de gente blanca que venía de toda Europa. San Pedro de Macorís parecía un hormiguero de blancos. Hasta para cortar la caña venían blancos puertorriqueños. Pero, según Hostos, a principios de mi gobierno había tan sólo 500 haitianos, cocolos y puertorriqueños cortando caña entre los 6,000 empleados de la Industria Azucarera, por lo que eran dominicanos los que realmente cortaban caña. Fue sólo después de mi muerte que comenzaron a traerse braceros cocolos y haitianos en grandes cantidades. ¡Yo, al que le decían el Mañé, yo, el Primer Presidente prieto que tuvo el país (las pasas de Ventura no cuentan), fui el gran blanqueador de la República! ¡V. sólo se blanqueó a sí mismo, pero dejó al país más prieto que cuando llegó al poder! V., por no enfrentarse con los norteamericanos, fue el ennegrecedor de la patria. ¡El corte no le valió de nada!

Ante estas últimas frases, Rafael, colérico, interrumpió a Ulises con una sarta de acusaciones amargas y rectificaciones.

—¿Cómo puedes hablar de haber emblanquecido al país cuando condenaste una gran parte a la negritud perpetua, cediéndole muchísimo territorio a los haitianos? Tú te sentaste con los presidentes haitianos Hippolite y Sam en Manzanillo y firmaste con ellos acuerdos que le

entregaron para siempre los territorios de San Rafael, San Miguel, Hinchá y Las Caobas, y lo que es peor: ¡lo hiciste a cambio de dinero, a cambio de un millón de dólares! ¡A eso, Mañé, en cualquier parte del mundo se le llama alta traición! ¡Entregaste parte de nuestra soberanía a cambio de dinero y, para colmo, permitiste que te rebajaran el monto a setecientos mil dólares para indemnizar con la diferencia a los herederos de haitianos que perdieron propiedades en nuestro país cuando nos independizamos de ellos en 1844! ¡Qué pensarán de ti Duarte y los Trinitarios! Además, negociaste un pacto secreto con el Presidente Salomón para que tus enemigos políticos no pudieran atacarte desde Haití, y a cambio tú sacaste de nuestro patio a los enemigos del presidente haitiano. Yo, por el contrario, tracé en forma definitiva nuestros límites fronterizos y se lo notifiqué al Papa y a Roosevelt; construí la Carretera Internacional; establecí colonias fronterizas; dominicanicé la frontera y, en agradecimiento, tres veces fui invitado por el gobierno haitiano a Puerto Príncipe, donde una calle fue bautizada con mi nombre, donde recibí las llaves de la ciudad, donde fui condecorado y agasajado y donde el ejército haitiano desfiló en mi honor y donde hice donativos a los pobres de ese país. Además, al igual que tú, fui al Cabo y allí, al igual que tú, desembarqué de mi buque de guerra, pero nada menos que con tu espada al cinto, pues esa espada tuya, llena de piedras preciosas y que tú querías tanto, me la obsequió en 1933 el pueblo de Puerto Plata, me la regaló tu pueblo natal, que reconoció que yo tenía mayores méritos que tú para usarla y con ella de testigo honré la estatua de Dessalines en esa ciudad, donde, al igual que a ti, me recibió lo mejor de su gente.

Estaban uno frente al otro, como dos gallos de pelea. Sin dejarse intimidar por el encendido discurso de su anfitrión, Ulises, con voz firme, preguntó:

— ¿Con qué fuerza moral se atreve Vd., benefactor ennegrecedor, achacarme haber entregado territorio nacional a Haití, cuando sabe muy bien que en esas tierras sólo vivían haitianos? ¿De qué valían esas tierras ocupadas solamente por haitianos? Entregándolas a Haití junto con sus ocupantes lo que hice fue blanquear a mi país, pues nos quedamos con menos tierra pero también con menos negros. No tiene V. fuerza moral para criticarme porque V. hizo exactamente lo mismo. ¡Firmó un tratado con el Presidente Vincent, por el cual cedió seiscientos mil tareas del territorio nacional! ¡V. le entregó, entre otras, la rica zona cafetalera de La Miel, no a cambio de dinero, sino a cambio de algo peor: a cambio de un pacto político que sacaba de Haití a los enemigos suyos exilados en ese país! Entregó la soberanía a perpetuidad, a cambio de fortalecer su efímera posición política.

El tono elevado y agresivo de la conversación había puesto nerviosos a los militares encargados de la seguridad del Benefactor. Se habían acercado a la habitación cuya puerta de pronto se abrió, saliendo Ulises por ella sin despedirse. La visita programada a la Hacienda Fundación y la parte más interesante de esa gira —montar los afamados caballos de la misma— tendrían que esperar otra oportunidad. Desde la puerta, sin decirle adiós, Rafael lo vio perderse en el sendero que llevaba a la salida.

Juicio 
entre iguales

Alabanzas y Recriminaciones

Yo llevé a mi país de la crisis al esplendor, él encontró el esplendor y dejó a la patria en crisis; yo tomé el poder coincidiendo con la gran debacle económica de 1929, él comenzó a gobernar en la mayor bonanza que había conocido el país.

El regaló tierras a los grandes ingenios extranjeros, yo los nacionalicé, el inició la luz eléctrica con capital foráneo, yo la nacionalicé. El fue entreguista, yo fui nacionalista. El bailaba vals, yo puse a los dominicanos a bailar su propio merengue.

Yo encontré una nación con una deuda externa que menguaba nuestra soberanía y, por primera vez en ocho décadas, logré que no debiéramos un centavo a nadie. El encontró una tierra que debía poco, pero a través de operaciones escandalosas y fraudulentas aumentó la deuda en forma tal que puso a la patria de rodillas frente a sus acreedores europeos, provocando, lo nunca antes visto: ¡que buques de guerra extranjeros nos amenazaran debido a nuestra insolvencia! Yo fui el redentor de la deuda, a él Fabio Fiallo le llamó el Tirano Bancarrotero.

El entregó el control de las aduanas a ricos comerciantes dominicanos provocando que después tuvieran que ser endosadas a los norteamericanos. Yo encontré las aduanas en manos de los norteamericanos y, por primera vez en el siglo, devolví su control exclusivo al Estado dominicano. El gobernó para los de arriba, para los ricos mercaderes, mientras *mis mejores amigos lo fueron los hombres de trabajo*, los humildes.

Yo hallé un país sin moneda nacional y le di billetes y acuñé piezas respaldadas totalmente por oro y dinero fuerte, por lo que valían igual a las del imperio; él encontró un país sin moneda nacional y le proporcionó billetes tan desprestigiados e inaceptables por su carencia de valor que lo que más recuerda el país de sus desgobiernos son las papeletas que, para su vergüenza, llevan, a perpetuidad, su apodo.

Yo supe administrar, mientras él no tuvo concepto alguno sobre cómo manejar la cosa pública. Yo sólo permití que mi familia se enriqueciera a costa del Estado, pues el resto de la administración pública la manejé con una escrupulosidad ejemplar. El permitió que los comerciantes, los Batlle, los Bancalari, los Vicini, los Salas, los Cambiaso, los Michelena, los Lithgow y los Ginebra se enriquecieran todos, pues a ellos era que les tomaba prestado y para que cobraran sus deudas les entregó el control de nuestras aduanas. Yo, en cambio, no permití que ninguno de mis generales hiciera fortuna; él lograba el apoyo de sus caciques permitiéndoles robar. Yo mandaba sobre los ricos, mientras que los ricos, hechura suya, terminaron mandando sobre él.

Yo celebré fastuosamente el Centenario de nuestra Independencia, él no celebró el Cincuentenario. Yo inauguré la Feria de la Paz y de la Confraternidad del Mundo Libre, el no aportó un centavo para celebrar el Cuarto Centenario del Descubrimiento de América. Pero lo más importante de todo: yo duré treinta y un años en el poder, él apenas diez y siete.

Defensa y Justificación

Yo era hombre sencillo, humilde, de buenos modales, bien educado, no fumaba ni bebía, ni jugaba y hasta hablaba francés e inglés (*“pulcro, cuidadoso de su persona, nunca se advierten pliegues en sus ropas” ... “tenía don de gentes”*). A mí se me podía hablar como a cualquier hijo de vecino y tratarme las cosas que juzgaban que yo hacía mal. El más humilde tenía acceso a mi persona. Yo era tan agradecido, hasta con mis enemigos, que fui a buscar a Luperón al extranjero cuando supe que estaba grave y lo enterré con todos los honores y ayudé a José Ramón López cuando su madre enfermó. Yo era introvertido, pues era como *la jaiba: me rascaba por dentro pero nadie sabía la hora en que lo hacía*.

El, por el contrario, era arrogante, cruel, inhumano, vulgar, de mal gusto, inculto, prepotente, irónico, mal educado, malagradecido y, en su juventud, hasta ladrón de vacas. El, a pesar de haber sido entrenado por los militares norteamericanos, ni siquiera hablaba inglés, pero sí le puso nombres de norteamericanos a nuestros aeropuertos y malecones.

Yo acepté títulos y honores, pero en forma modesta y limitada. El llevó su megalomanía a niveles sólo vistos en tiempos de los Césares. Nunca se me hubiera ocurrido ponerle a la capital el nombre de Ciudad Heureaux o al Monte Tina, Pico Lilís. Yo admito que tuve mis muerticos, pero nunca en la cantidad, ni en la calidad de los suyos y nunca en el extranjero, siempre dentro de nuestro país, pues para esas cosas hay que ser discreto. Además, nunca ordené que se mataran mujeres, pues hay cosas que son sagradas. Yo ordenaba muertes públicamente y aceptaba responsablemente el hecho. El ordenaba la muerte en secreto y fingía no ser responsable de ellas, llegando hasta a asesinar a los agentes a quienes había dado la orden de ejecutar el crimen. Yo maté a pocos, él hasta a los que refunfuñaban su antitrujillismo. Yo, con algunos de mis muertos sufrí mucho. (*Tanto que yo quería a mi compadre y tuve que fusilarlo, pues en sonando los tiros, guardo el corazón en la casa*). Yo hasta ordené misas por el alma de algunos de mis muertos. Yo, cuando los campesinos se negaron a permitir que por sus terrenos incultivos e improductivos pasara el tendido de la vía férrea, tuve que ordenar que al primero que fuese sorprendido levantándola, se le fusilara allí mismo. El se robó esa misma vía férrea, mi vía férrea, para utilizarla en el transporte ferroviario de la caña de los ingenios que pertenecían a su persona. Yo también tuve que dictaminar igual suerte para los que quemaban los cañaverales que fomenté pues no podía permitir que se atentara contra el progreso que estaba dando a la patria.

Yo sí fui valiente. Luché docenas de veces, mano a mano, junto a Luperón, contra los españoles que usurpaban nuestro país y luego contra mis enemigos criollos. Yo, en varias ocasiones fui herido en batalla y una vez en duelo. Yo combatí siempre de igual a igual, con machetes, espadas y fusiles. Yo logré que hasta un enemigo mío, Américo Lugo, dijera que *“la espada, el valor y la audacia le flanquearon al poder rápidamente... ¡Cuerpo de hierro y carácter de acero!”*. El, por el contrario, sólo luchó contra patriotas dominicanos, sólo luchó al servicio de las tropas interventoras yanquis, siempre en superioridad numérica de hombres y armas y siempre contra guerrillas que sólo contaban para luchar con su amor por la patria mancillada. Yo luché a caballo, él sólo siguió a caballo. Yo luché personalmente contra los dominicanos que vinieron en invasiones a tumbarme. El nunca se acercó al campo de batalla. El nunca aceptó un duelo y cuando entró sólo y desarmado a hablar con Desiderio Arias, cosa que sus panegiristas describieron como un gran acto de valor, sabía muy bien que el viejo general conchoprimista respetaría la norma de ética de combate de nuestras guerras intestinas, que planteaba que no se podía nunca tirar contra un enemigo desarmado.

Yo fui edecán de Luperón, de ese titán de ébano, como ahora se le dice elegantemente a los negros, para no ofenderlos. El fue empleado y matarife de los Marines.

Yo llegué al poder por primera vez por la voluntad del pueblo, a través de elecciones libres y democráticas. El, por un golpe de estado militar disfrazado de revolución cívica.

Yo era popular y querido por mi pueblo y por eso podía andar sin escolta. El requería estar rodeado siempre de fusiles para protegerse contra quienes le odiaban y querían matarlo.

Yo logré que se acordaran de mis anécdotas ingeniosas. El sólo de sus crímenes.

Yo establecí una política económica tan acertada que sesenta años después de mi desaparición, el país seguía exportando las mismas cosas que fomenté: azúcar, café, cacao y tabaco. *Yo promoví la inmigración espontánea, que llegó por todos los lugares y que hizo mucho bien porque la mayor parte estaba compuesta de capitalistas y hombres laboriosos. Yo logré que las empresas agrícolas marcharan sin contratiempo y las de fomento se cimentaran definitivamente. El pueblo estuvo contento y ocupado, la sociedad animada y divertida.*

Yo ayudé a Martí y recibí como exilados a los patriotas de ese país. El trajo de allí a sus asesinos, a los Machados, Policarpo Soleres y Arsenio Ortizes.

Yo morí pobre, sin fortuna y mis hijos y nietos vivieron en la miseria. Mi hija Casimira (le puse ese nombre para honrar a mi Vicepresidente), humilde maestra de escuela, no le aceptó a él una pensión, ni fue a la inauguración del puente al cual él le puso mi nombre. Yo, al desaparecer, tan sólo tenía unas veintiocho casas, veintiún solares, catorce mil tareas en potreros, sesenta y cuatro puercos y seiscientos cincuenta y dos vacas, pues mis principales bienes eran el dinero que me adeudaban los comerciantes a quienes tanto ayudé a lucrarse; pero ellos, al morir yo, no le dieron nada a mi viuda, alegando que yo les debía más de lo que ellos a mí. Yo, por mi forma de ser, logré que el gobierno se portara mejor que esos falsos amigos, pues a mi viuda le entregó las pocas posesiones de real valor que dejé, incluyendo los muebles de mi casa. El era tan odiado que cuando murió las turbas enardecidas saquearon su casa y las de su familia, llevándose todos los muebles. El murió dueño de un enorme emporio dentro del país y otro en bancos extranjeros pues ganó, mal ganados, muchos reales, y por eso sus hijos, por más dispendiosos y malos administradores que han sido, no han logrado gastar esos enormes recursos sacados a expensas de los pobres de mi pobre país.

La Venganza 
de los Pollitos

Ulises, Camino a la Tumba

Me llevan en parihuela.

Me llevan en parihuela a Santiago.

Un grupo de mis hombres, de esos de *pelo en pecho y tabaco en vejiga*, fue a buscarme a Moca.

Quiero que me embalsamen. Que me embalsamen para que puedan enterrarme en Puerto Plata. Quiero juntarme allí para siempre con los recuerdos de Hilarión, con los recuerdos de niñez de Hilarión Level.

Me llevan en parihuela a recorrer la historia...

¿Recordará la historia que al momento de mi muerte ya había ordenado a Pedro Carbonell, en Barcelona, la estatua ecuestre de tamaño más que natural para mi sepulcro?

¿Se enterará la gente que ya le había escrito al Presidente del Ayuntamiento, pidiéndole un pedazo de tierra en el cementerio para mi sepultura, y que don Federico Henríquez y Carvajal, por más enemigo mío que fue, no me negó esa petición tan sagrada?

¿Se contará que antes de emprender mi viaje hacia Puerto Plata le contesté a un compadre que *si volvía me ocuparía de su asunto?*...

¿Se mencionará alguna vez el comentario que hice de que me parecía *que mi estrella se iba a eclipsar?*

¿Aparecerá la carta que le envié a mi gran amor, a Juana Ogando, diciéndole que, como *se estaba muriendo la gente así tan fácilmente yo me estaba preparando para morir bien?*

¿Rememorará el pueblo que inicié este último y fatal viaje en barco, pero que estando en Sánchez le dije al Jefe de mi Estado Mayor que siguieran en el buque hacia mi ciudad natal, pues yo me iría solo por el tren a La Vega y de allí a caballo a Moca, y que insistí en que cumplieran esa orden, a pesar de las advertencias de mis oficiales? ¿Recordarán que una vez en Moca llegaron veinte hombres y que los devolví, pues ya había dicho que viajaría solo?

¿Relatarán los viejos a sus nietos que una vez que llegué a Moca estuve en el próspero negocio de mi compadre Jacobo de Lara y que comenté, para que supieran que sabía que me acechaban, que allí en Moca *andaban unos pollitos que había que desbotonar?* ¿Referirán que pregunté maliciosamente *qué hacía ese joven Cáceres por allí* sobre todo cuando lo vi acompañado por el hijo de mi compadre, por Jacobito y por ese muchacho Vicente de la Maza?

¿Traerá alguien a la memoria que la muerte me encontró cuando me acerqué a un pobre limosnero y que fui a darle algo, pues esos eran los gestos que gustaban al pueblo?

¿Recapacitarán ante el hecho de que fui el primer presidente dominicano asesinado?

¿Tendrá alguien presente que eso ocurrió un 26 de julio, día de Santa Ana?

¿Recapitularán que ese día, hacía exactamente un año, yo había ordenado cambiar de lugar a la imagen de la Virgen de la Altagracia y por eso merecí ese castigo en esa fecha?

¿Quedará grabado para siempre el 26 de julio como el día de mi muerte, o se le vinculará con otras cosas?

¿Evocará la gente que yo estaba absolutamente solo en ese momento?

¿Que llevaba espuelas de plata, guantes de fino cuero y una Smith and Wesson de 9?

¿Alguien escribirá que primero me hirieron la mano buena y por eso con la otra, con la tullida, me fue difícil sacar la pistola y que cuando, por fin, lo pude hacer, debido a ese impedimento fue que maté por error al pobre pordiosero, al infeliz de Eduardo Ignacio? ¿Que lo maté con mi mano inservible, la que perdí en el duelo en Juana Méndez? ¿Que teniendo ya hacía años dos balas en el cuerpo, recibí siete más?

¿De qué me sirvió entonces mi *temple felino y zorruno, halagüeño y feroz, todo en uno?*
¿De qué me valió haberme hecho dueño de todo y de todos? ¿O la ingente maldad vampirina de mi alma zorruna y felina?

De nada. De nada..., cuando contemplé inmóvil el *tubo argentado de una masa que gira y que ruge.*

¿Qué largo encontró el coloso ese minuto con sus dos onzas de plomo!

¿Ololoi, ololoi

Rafael, Antes de su Entierro, Protesta

¿Por qué en un baúl?

¿Por qué me llevan en el baúl de un carro, como llevan a una banda de carne del matadero a la carnicería?

¿A dónde me conducen? Quiero que me entierren en San Cristóbal. Allí está la iglesia que construí y el lugar que seleccioné para mi descanso eterno y que sólo se menciona temblando y en susurros.

¿Recordarán que hace poco tiempo había musitado a Cucho que *pronto iba a dejarle?*

¿Mencionarán que semanas antes de esta muerte a traición dije a uno de mis más cercanos colaboradores: “*Yo pienso mucho en los muertos*”?

¿Quedará constancia en la historia que, hasta llegándome la muerte, fui el que todo lo sabe, el que todo lo sospecha, porque había preguntado: “¿*Quién de ustedes será el Judas que me va a vender?*” y que me contestaron: “¿*Cómo, Jefe! ¿Cómo dice usted eso, por Dios, si todos somos sus amigos incondicionales!*”; pero a mí no me engañan y les reiteré, “*Sí, como lo oyen, uno de ustedes me va a vender*”?

¿Tendrá presente que me fui solo a Fundación, acompañado apenas por Zacarías en el Bel Air azul claro, a pesar de la advertencia de mi hija, cuando esa noche me despedí de ella, pues no necesitaba compañía cuando iba a juntarme ni con mis hembras ni con la muerte?

¿Evocarán que grité: “*Coño, me han herido; pendejos! ¡Pendejos! ¡Cojan los revólveres, vamos a pelear, cojan los malditos revólveres!* ¿Acaso olvidarán que cuando Zacarías me dijo: “*pero Jefe, ellos son muchos, es mejor que nos vayamos de aquí Jefe*”, yo le contesté: *No, no, no. Para ahora, tenemos que pelear?*...”

¿Supondrán que no reconocí al hijo de Vicente de la Maza y al hermano de Segundo Imbert en el Chevrolet negro que se nos puso al lado? ¿Que también no me hice a mí mismo la pregunta de si no había un joven Cáceres entre ellos?

¿Conjeturarán que mi último recuerdo es la cara del hijo de Vicente de la Maza, el que mató a Lilís, cuando acercó el cañón plateado de su pistola a mi cara y rugió: “*Ese guaraguao ya no va a matar pollitos*” al tiempo que al girar la masa recibía la última de las seis balas, apenas una menos de las que recibió el otro coloso?

Los Cortejos 
Fúnebres

Lamentaciones y Evocación

¿Por qué un entierro tan pobre, tan humilde? ¡Apenas cuarenta personas importantes y un poco de gente de pueblo! Menos mal que la enlutada bandera nacional la lleva mi leal Batallón de Cazadores del Yaque. Han tenido que enterrarme en la iglesia de Santiago, pues aunque dicen que he sido embalsamado hubiera llegado podrido a Puerto Plata.

¡Qué infamia! Nadie, absolutamente nadie ha dicho un panegírico durante mi entierro. Pero los grandes intelectuales de mi época, Federico Bermúdez y el otro Federico, Federico Henríquez y Carvajal, se han visto obligados a ser honestos y reconocen mis virtudes.

“Altiya y singular, heroica y fuerte, con un gesto de olímpica bravura, cayó su humanidad, recia y oscura, en lucha formidable con la muerte”... “Al fragor de su olímpica caída se abrieron los abismos insondables, para guardar en sus senos insaciables, el tesoro de sombras de su vida”...

“Al morir, a manos tal vez del odio, o tal vez de la venganza, un raro estremecimiento de estupor ha sacudido las fibras del sentimiento en unos y las del entendimiento en otros, pero sí dejando a todos absortos o reflexivos en presencia del cadáver del coloso... El pueblo debe descubrirse con respeto ante el féretro del distinguido dominicano que entra en la plena luz de la justicia postrera y que queda, desde este momento, bajo el dominio absoluto del supremo tribunal de la historia”.

Pero el homenaje más honesto fue el del intelectual más cercano al pueblo, pues sólo él podía entender, mejor que ningún otro, el verdadero sentir de mis conciudadanos:

“El 26 del corriente murió el temible varón, murió el Cid dominicano, ya murió el Napoleón... Por una traidora mano, ha muerto el gran general, ese genio sin rival, del pueblo dominicano... Ha muerto el gran ciudadano, ha muerto el buen Presidente, y en parte, por consiguiente, también ha muerto el país, con la muerte de Lili el 26 del corriente... En nuestra Iglesia Mayor, se encuentra ya sepultado, el ilustre, el denodado, el gran pacificador. Tributémosle honor, respeto y veneración y que toda la nación exclame así conmovida, para la patria querida, ya murió el Napoleón”.

Al pie de esas décimas, su autor agrega: “Su amigo, que jamás lo olvidará, Juan Antonio Alix”.

Pero ahora, ¿por qué queman mis retratos? ¿Por qué cambian los nombres a las calles para llamarlas 26 de Julio?

*El día de Santa Ana
a un gallo viejo y matón
se lo ganó, tiro a tiro,
un pollito de botón...
En la iglesia de Santiago
enterraron a Lili
y hasta la Virgen decía
sáquenme al diablo de aquí*

Elogios Fúnebres, Sátira Popular

¡Heme aquí señores, tronchado por el soplo de una ráfaga aleve! ¡Cuánta gente humilde fue a rendirme el último homenaje en el Palacio Nacional pues el hecho horrendo consternó el ánimo y estremeció con fragoroso estrépito de catástrofe el alma nacional! ¡Cuántos miles más me despidieron en la ruta hacia mi San Cristóbal querida! La tierra vacilaba bajo los pies de la muchedumbre y parecía que el mundo se había desplomado sobre sus cabezas!

Gente humilde, sí. Los ricos, los cientos de privilegiados y los miles de compadres, esos no se hicieron presentes. Los pobres sí. Nunca antes como ese día fue tan cierta mi frase de que mis mejores amigos eran los hombres de trabajo.

¡Yo fui el hombre extraordinario a quien apenas hace dos días se veía partir sonriente de su despacho del Palacio Nacional y que volvió allí pocas horas después cobardemente inmolido!

¡Yo fui la tremenda realidad con toda su elocuencia aterradora, pero ahora con la boca ya muda, de donde antes salían tantas órdenes de mando!

¡Yo fui el que simbolizó durante cuarenta años toda la fuerza física de la nación!

¡Yo fui el pecho heroico donde flameó orgullosamente, como si flotara en su asta, el lienzo tricolor y que ahora yace exánime y vilmente atravesado por los proyectiles!

¡Yo fui el del nombre que está grabado para siempre en el material que el tiempo respeta y que es capaz de transformarse, pero no de perecer, en la sucesión de las generaciones!

¡Yo fui el que dejó un legado enorme e imperecedero. El hombre del carácter recio y voluntad monolítica!

¡Yo fui humano, demasiado humano muchas veces, por lo que mis mismos errores merecen el respeto, porque fueron hijos de mi pasión desvelada por el orden y por el concepto mesiánico que tuve de mi misión como hombre público y como conductor del Estado!

¡Yo fui fundamentalmente bueno, pues bajo mi pecho de acero latía un corazón inmensamente magnánimo. Yo fui el que amó intensamente las sensualidades de la vida!

¡Yo soy el que lleva asegurada sobre sus sienes, al bajar al sepulcro, la corona de los inmortales de la patria!

¡Yo soy el que en este instante solemne entra en la gloriosa familia de las sombras tutelares y sobre cuyas reliquias amadas se jura en este momento defender su memoria!

Yo soy el que está escuchando a sus hijos espirituales exclamar: “Querido Jefe. Hasta luego”. *¡El que ha llegado hasta aquí traído en hombros de una multitud sollozante, para reintegrarse a la tierra que le vio nacer y donde podrá dormir en el mismo regazo en que descansan sus antepasados!*

¡Yo soy el que sabe que la tierra de San Cristóbal, la misma en que bebió por primera vez el agua de sus ríos natales, me será siempre propicia y que en ella hallará, al fin, el descanso que me negó la vida. Yo soy el que prometió que la cal y la energía de sus huesos seguirán nutriendo la conciencia de su patria en la infinitud de los tiempos!...

Pero entonces, ¿por qué después de un mes de silencio durante el cual la gente se dejó agarrar de la manera más pendeja, han quitado mi nombre de calles, provincias y ciudades? ¿Por qué han roto mi retrato y destruido mis bustos y hasta mi estatua ecuestre (porque yo sí hice traer la mía), la que daba sombra a la iglesia en la que descanso? ¿Por qué me denuncian aquí y fuera de mi patria como un dictadorzuelo? ¿Por qué permiten a mis enemigos regresar al país mientras turbas cazacaliés persiguen como animales a mis agentes del SIM y unos paleros persiguen a otros grupos? ¿Qué está pasando?....

¿Por qué se va de mi país toda mi familia?

¿Por qué ya nadie visita mi tumba?

¿Es que me van a dejar solo?

*Mataron al chivo
en la carretera,
mataron al chivo
en la carretera.*

*Déjenmelo ver
déjenmelo ver
déjenmelo ver.*

*Mataron al chivo
y no me lo dejaron ver.*

*El pueblo celebra
con gran entusiasmo
la fiesta del chivo
el 30 de mayo.*



La Soledad

Ulises Ilusionado

Solo. Los años han pasado y sigo en el mismo sitio. Nunca me llevaron a Puerto Plata. Solitario, incomunicado, como un eremita, como una verdadera alma en pena abandonada y olvidada. Nadie me visita, nadie me honra. Nadie recuerda que estoy aquí. Sigo en la misma iglesia de Santiago...

Y sin embargo, a Buenaventura Báez, después de haber estado sepultado durante treinta años en tierra extranjera, lo recibieron en Santo Domingo con todos los honores. A ése, al que yo derroté, lo ubicaron en la Catedral. ¡Qué ironía! Ese diferido entierro de mi humillado rival estuvo más concurrido que el mío!

Mi descendencia vive en la miseria. Aquellos a quienes yo hice ricos viven en la opulencia pero ni siquiera una limosna ofrecen a mis nietos. ¿Cómo es posible que a Luperón se le honre y a mí no?

¡Qué mentira la frase que habla del descanso eterno! Me revuelvo a la sombra de algo que llaman el Monumento a la Paz, el que Rafael erigió en Santiago para que no se olvidaran de él. Lo mismo hizo en Santo Domingo con los dos obeliscos. El único monumento que yo dejé, el ferrocarril, un monumento al progreso, no a la vanidad humana, ese sí ha desaparecido. Ni siquiera ese recuerdo de mi gobierno persiste. Rafael, en 1940, dio mi nombre al principal puente que cruza el río Ozama. Fue justo, pues yo construí la versión original del mismo, el primer puente que dominó ese río. Sin embargo, uno de sus sucesores, le quitó mi nombre. Hoy día nada en mi patria, nada en mi tierra, lleva mi apellido. No me honran ni con una humilde calle de barrio. ¡Cuánta ingratitud!

Pero... ¿qué ruido es ése? Golpes de mandarina resuenan sobre mi tumba. Cada minuto los oigo más cercanos. ¿Habrá llegado el esperado momento? ¿Vendrán a buscarme para trasladar por fin mis restos a un sitio más adecuado a la dignidad de mi persona y a mi historial? ¿Me llevarán a la Puerto Plata de hoy, llena de visitantes extranjeros y resplandeciente en su rejuvenecido estilo victoriano, el que yo le imprimí? ¿Me llevarán a mi ciudad natal como parte de las obras de remodelación que buscan enfatizar su época de gloria que fue, precisamente, mi época? ¿Habrá llegado, por fin, el día de mi reivindicación ante la patria? ¿Por fin habrán entendido y agradecido todas las cosas que hice por ella?

¿A quién? ¿A quién? ¿A quién es que se llevan ahora de esta iglesia? Es a Pepillo Salcedo, que como yo fue Presidente pero a quien yo mismo fusilé, pues fui miembro del pelotón que lo ejecutó. Ese, al igual que yo, fue héroe de la Restauración. ¿Significará esto que todos los héroes de esa gesta seremos sacados de aquí?

¿A dónde? ¿A un recién creado Panteón Nacional? ¿En Santo Domingo? ¿En la capital? ¿A quiénes se llevan de la iglesia ahora? Es al poeta y héroe de la Restauración Eugenio Perdomo, que fue fusilado por los españoles; es a Pedro Ignacio Espaillat, otro héroe de la Restauración; es a Pedro Antonio Pimentel, quien como yo fue Restaurador y Presidente. Hasta se han llevado a Pierre, el haitiano héroe de la Restauración. Pronto tendrá que llegar mi turno, pues ya soy el único héroe de la Restauración que todavía queda en esta iglesia que ahora llaman Catedral.

Nunca antes había sentido golpes de mandarina tan cercanos. Seguro que ahora es a mí a quien vienen a buscar. Van por fin a trasladar a Hilarión al Panteón Nacional, donde estaré, por toda la eternidad, en compañía de Espaillat, los héroes de la Restauración y otros grandes de la patria. Hasta a Santana, que nos quitó la Independencia, lo tienen allí. Más de setenta años olvidado, es cierto, pero parece que ha llegado la hora de la reivindicación. Ya golpean la madera

de mi sarcófago haciendo un ruido estremecedor. El chirrido de los clavos no es escalofriante sino alegre, esperado. Lentamente aparecen zonas de luz en este ambiente de más de setenta años de oscuridad y olvido. ¡Veo una mano, dos, un brazo, una cara, dos, tres! Hay un obispo entre ellos. También dos hijas mías y varios nietos. Conversan entre sí. Uno dice que su abuelo fue el médico que me embalsamó. Otro es un técnico del Museo del Hombre, que no cesa de hurgar entre mis huesos. ¡Qué falta de respeto! ¿Qué es lo que busca? ¡Balas, buscan balas para comprobar que soy el héroe del Cabao, que soy el mártir de Moca! ¿Qué dice el muchacho ése del Museo? ¡Que mis huesos evidencian que sufrí de sífilis! ¿Por qué plantear eso ahora? Eso no interesa a la historia. Lo importante es que yo sea glorificado ante las nuevas generaciones y que mi memoria sea honrada como merece. Seguramente habrán de reservarme un lugar especial, privilegiado, en ese nuevo Panteón Nacional. ¡A ciencia cierta que mis restos serán trasladados con gran pompa y honra a la ciudad capital!

¿Qué dicen? ¿Que con motivo de los cambios en la liturgia post conciliar hay que poner el altar mayor al revés? ¿Que como yo estoy debajo de ese altar, a mí también hay que moverme un poco? ¿Y es por esto que han abierto mi tumba? ¿Ha sido sólo por eso? ¿Para moverme unas pulgadas? ¡Para dejarme aquí de nuevo! ¡Solo! ¿Me van a dejar en esta iglesia, vacía ya de mis compañeros de luchas patrióticas? ¿Quién es el que se atreve, el que osa dictaminar que yo merezco ese castigo? ¿Quién me condena a continuar en el ostracismo? ¿Qué argumentos racionales utiliza?

Por negro. De seguro me castigan porque soy negro. Otra razón no hay.

Negro, negro como la oscuridad que otra vez me rodea pues después de ese breve intervalo, de ese brevísimo interludio, han tapiado de nuevo mi tumba, mi única tumba, la primera y la de siempre.

Rafael Errante

Clandestinamente, a hurtadillas y de madrugada, como vulgares ladrones, han sacado mi cuerpo de la cripta de la iglesia de mi ciudad natal. Me han colocado en un doble sarcófago apenas pocos meses después que estaba supuesto a descansar para siempre. ¿A dónde me llevan? ¿Por qué me llevan? ¿Acaso mi sagrada voluntad no fue dormir para siempre en San Cristóbal? Estoy en un barco. ¡En el bar de mi yate! ¡El que lleva el nombre de mi hija! ¡Navegando fuera de mis aguas territoriales! ¿Por qué me han sacado de mi país y tan pronto? ¿Por qué mi familia abandona la embarcación en la diminuta Martinica y sigue por avión hacia Europa, dejándome solo, totalmente solo, lejos de mis seres queridos y de mi patria, como un paquete de correspondencia cuyos destinatarios no están interesados en pagar el franqueo, como una pieza de equipaje de tan poco valor para sus dueños que no se preocupan por reclamarla?

¿Navegando otra vez? ¿Hacia dónde? ¿A dónde me llevan ahora? Parece que todo fue una equivocación, pues he regresado de nuevo a la patria. Estoy en mi base naval de Calderas, cerca de mi San Cristóbal querido. Me introducen en un camión. Pero, ¿por qué no se paran en San Cristóbal? ¿Por qué siguen de corrido? De la base naval me han llevado a la base aérea de San Isidro. ¿Querrán hacer de mis huesos una exhibición itinerante por todos mis recintos militares? ¡Pero, para eso no es necesario llegar al extremo de abrir los dos sarcófagos, de exponer mi cuerpo como si pensarán que he podido escaparme! Me miran fijamente. ¿Con terror? ¿Con amor? ¿Con respeto?

Llevo días enteros deambulando en camiones, en barcos y de nuevo en camiones, pero ahora me colocan en un avión. ¿Hacia dónde y por qué? ¿Estaré condenado, como el judío errante, a vagar eternamente como un nómada por las tinieblas de este globo, sin acceso a puerto alguno, como un trashumante, como un verdadero vagamundo?

¡Pero si estoy de nuevo en Martinica, de donde salí hace apenas pocos días! Estoy girando siempre en círculo, como los caballitos del tiovivo.

Otra vez en un avión. ¿A dónde ahora?

A París, en efecto, París de Francia. Por fin me van a permitir descansar y será en la patria de mis antepasados, de José Chevalier, Conde de Puyboreau.

Finalmente estoy de nuevo en tierra consagrada, en el cementerio parisino de Père Lachaise. Termino reposando entre gente importante. Me dicen que a mi lado está un tal Marcel Proust, famoso porque se pasó la vida buscando un tiempo que se le perdió. Yo que conquisté a mis compueblanos, yo que dominé a los dominicanos, yo que convertí a mi país en un anexo de mi finca, descanso en el mismo solar en que también yace otro que dominó a mi país por mucho tiempo, pero no tanto tiempo como yo, el que anexó a Santo Domingo: Jean Pierre Boyer. Yo, que soy biznieto de un teniente haitiano que se mudó a mi país durante la anexión de Boyer, he encontrado el sosiego eterno junto a éste. (El padre de Ulises también llegó al país cuando Jean Pierre). Incomprensiblemente expulsado de San Cristóbal, descanso en una tumba anónima, pues temen indicar al público que soy yo el que la ocupa. ¡Un hombre que gustó tanto de los títulos, de las pompas y la publicidad, ha sido condenado no sólo al ostracismo sino también al anonimato! ¡Mis nombres y apellidos, que tanto adornaron ciudades, calles y escuelas de mi patria, ahora no aparecen ni siquiera en mi tumba! Como señal de remordimiento por no haber logrado que mis huesos quedaran depositados en San Cristóbal, como fue mi expreso deseo, mis familiares han colocado una imagen de San Cristóbal en mi tumba. Esa es la única señal que insinúa, aunque muy oblicuamente, quién es el coloso que está ocupando este nicho.

¡Ruidos, oigo ruidos! ¡Llevo nueve años esperando este momento! ¡Por fin termina mi exilio! ¡Han venido en mi búsqueda para regresarme a San Cristóbal!

¡Qué desencanto! ¡Qué desilusión! Lo que han hecho es trasladarme de la tierra de mis antepasados franceses a la de mi abuelo español. Pero, por lo menos, ahora estoy en Madrid, en el Cementerio de El Pardo, en el Madrid que visité hace casi veinte años cuando fui recibido con todos los honores por el otro Generalísimo, por el Generalísimo europeo, por mi amigo Francisco Franco, quien por suerte todavía es dueño y señor de la Madre Patria. ¡Cómo recuerdo las recepciones en el Palacio Real, cómo evoco la presencia de la guardia mora, cómo rememoro los desfiles en mi honor, las condecoraciones recibidas y, sobre todo, lo mucho que teníamos en común Francisco y yo! Pensábamos igual sobre casi todas las cosas y él me ayudó muchísimo, enviándome instructores militares e inmigrantes agrícolas. Después recibió calurosamente a mi esposa, descendiente de andaluces, y a mi hija cuando regresaba de asistir a la coronación de la Reina de Inglaterra. Seguro que ahora, al enterarse de que estoy de nuevo aquí, ordenará que en éste mi tercer entierro se me rindan los honores de lugar. Seguro que como buen amigo y gran cristiano vendrá personalmente a rendir sus respetos ante mi tumba.

Han pasado los días, los meses, los años. No sólo nunca vino a visitarme Francisco, sino que fui enterrado en Madrid como el más humilde pordiosero, sin pompas, sin publicidad y los presentes podían contarse con los dedos de las manos. Ni siquiera mi familia visita mi tumba. Ni esposa, ni hermanos, ni hijos, ni nietos vienen a verme. Ni siquiera el empleado de más baja categoría de la embajada dominicana en Madrid me trae una pucha de flores el 30 de mayo, aniversario de mi muerte, o el 24 de octubre, día de mi nacimiento. Franco le puso a una calle de Madrid el nombre de Perón, pues estuvo, aquí exiliado unos trece años. De mí, Francisco no se ha recordado, aunque vine a verlo en vida y cuando mandaba. El cuerpo de Evita Perón pasó años enterrado en Italia y luego estuvo otros tantos nada menos y nada más que en la residencia de Perón aquí en Madrid. Mi esposa María nunca se ocupó de tener mi cuerpo amortajado en su casa. Ahora mi única compañía es mi hijo mayor, aquel de quien estuve tan distante en vida, es el único que me acompaña en mi muerte. Evita y Domingo ya están enterrados en su patria. Yo sigo en Madrid, olvidado, completamente solo. La segunda esposa de Domingo llegó a ser Presidente de Argentina, pero mi viuda María, ahora María la loca, vive apresada por su propio hijo.

Otra viuda dominicana, de pobres vestimentas y atormentada por el frío del invierno madrileño, visitó mi tumba los otros días. No supe quién era. Me gritó que me traía un mensaje de Julia de Burgos, aquella coplera puertorriqueña que fue amiga de más de uno de mis exiliados. Me explicó que Julia, con motivo de la Feria de la Paz y Confraternidad del Mundo Libre, me había advertido que el *futuro me había fijado, con desprecio, la burla a mi tumba*. Entonces entonó:

*Que la sangre te siga, general de la muerte,
Hasta el hongo, hasta el hueso, hasta el breve gusano condenado a tu estiércol...
General Rafael, Trujillo general,
Que tu nombre sea un eco eterno de cadáveres
Rodando entre ti mismo, sin piedad, persiguiéndote;
Que los lirios se tapen sus ojos de tus ojos,
Vivo y muerto, por siempre;
Que las flores no quieran germinar de tus huesos,
Ni la tierra te albergue.
Que nada te sostenga, general, que tus muertos
Te despueblen la vida y tú mismo te entierres.*

¡Cuántas ironías! De todas estas paradojas alguien podría escribir una novela. Anselmo pudo regresar en vida a Santo Domingo. Yo no lo puedo hacer ni siquiera muerto. No puedo estar enterrado en mi país, pero sí puede Félix W. Bernardino, y cuando falleció, la prensa libre dominicana lo trató como si hubiera sido un santo varón.

Para colmo de colmos, ahora en España mandan los socialistas. Este muerto ha quedado no solamente olvidado, sino, además, rodeado por los comunistas a quienes tanto combatió en vida. García Moreno está enterrado en su Quito, aunque es cierto que los jesuitas escondieron su cuerpo por muchos años. Duvalier nunca ha salido de Haití, aunque allí no dicen dónde está. Christophe yace oculto en su Citadelle. El Dr. Francia está en su Paraguay, al igual que Moriñigo. Getulio Vargas y Dutra descansan en su Brasil. Juan Vicente reposa en Venezuela. Francisco de España ya cayó en su Valle. A Perón lo veneran en Buenos Aires.

¿Por qué entonces estoy yo lejos de mi patria? ¿Por qué he sido estigmatizado? ¿Acaso habré actuado yo como el Dr. Rosas, a quien lo mantienen en Inglaterra? ¿O como Porfirio Díaz, que permanece en Francia? ¿O como los ineptos de Batista, Machado y Somoza?

En mi patria nada lleva mi nombre. Nadie lee mis *Discursos, Mensajes y Proclamas*. Nadie se recuerda siquiera como era mi voz. Nadie, cojollo, grita: “¡Viva el Jefe!”.

¡No sólo no tocan ya los merengues que alaban mis hazañas sino que lo que sí bailan es el merengue que exalta a Desiderio Arias, el sinvergüenza ese, que me apoyó en el treinta y se me alzó en el treinta y uno!

Así son los pueblos, que no aprenden. ¡Tanto que me criticaron el que fuera hechura de los infantes de marina norteamericanos y mi admiración por ellos y ahora resulta que quienes me sucedieron, esos blanquitos de Gazcue, provocaron que estos ocuparan de nuevo el país, apenas cuatro años después de mi desaparición!

¡Tanto que se criticó que yo permaneciera muchos años en el poder y hoy es el día que todavía no han prohibido la reelección presidencial!

¡Tanto que hice yo por dar un sentimiento optimista a mi país y hoy se han entronizado de nuevo los pesimistas!

¡Tanto que me aprobaron haber terminado con el conchoprimismo y hoy los partidos siguen siendo tan caudillistas como antes!

¡Tanto que me vituperaron porque me convertí en el más grande de los caudillos y hoy día sigue la lucha entre caudillos!

¡Tanto que fuñí y sin éxito, con la dichosa vaina de la cuota azucarera para que ahora, después de lograda, fuáquiti, esos incapaces del carajo la hayan perdido!

¡Tanto que me jacté de que cuando estábamos rodeados de submarinos alemanes y no podíamos importar nada, el país no sólo no pasó hambre sino que exportó comida y hoy resulta que casi todo lo que comemos es importado!

¡Tanto que inculqué la importancia de nuestras raíces hispanas y católicas y hoy dice mi gente la sinvergüencería de que todo lo negro es bonito!

¡Tanto que desarrollé la agricultura para que hoy el país esté deforestado, como un Haití blanco!

¡Tanto que enseñé la Moral y Cívica para que hoy el país viva de las drogas!

¡Tanto que expliqué que el único que podía robar era yo y hoy todos roban!

¡Tanto que me enorgullecí de lo limpia que lucían mis ciudades y ahora no sólo están hechas una pocilga, un relajo, una gran vaina, sino que, además, hay que aguantar la cajeta de verlas llenas de gente descalza, de pelecheros, de pranganosos, de chiriperos, de pataporsuelos, de zarrapastrosos y de pariguayos, todos en la inopia, hechos unos buenos pendejos, tratando de boronear y sin un maldito chele en el bolsillo! ¡Guachupita y Borojol era un Versalles en comparación con los barrios de hoy!

¡Tanta agua que había en las tuberías durante la Era, para que al terminar ella las turbas rompieran los contadores y hoy sólo hay un chin y lo que abunde sean los billares! ¡Mientras yo prohibí hasta el fuñirse, ahora resulta ser que a la economía le cayó carcoma, los palitos, y no está jodona sino jodona y media, por lo que está por armarse la del carajo!

¡Tanto que infundí un sentido nacionalista a mi gente, haciendo que oyeran los programas de humor criollo de Macario y Felipa, para que ahora se pasen el tiempo perdiendo su caché y su vaina, viendo novelas extranjerizantes y el telecable yanqui, que hasta los que se están comiendo un cable quieren el relajito del cable ése, más que ningún otro féfere, aun cuando ya tengan su pendeja consola!

Tanto que me criticaron que no dejara salir a los dominicanos del país, y no se daban cuenta que yo sabía que si lo permitía iba a dejar el país vacío. Hoy el que no los deja salir es el cónsul americano. Todos se quieren ir y hasta se ahogan abandonando la patria en yolas, pues piensan que la única alternativa es largarse o joderse. Yo, con mi humanidad, evité esas tragedias marítimas.

Tanto que ridiculizaron el lenguaje político utilizado en la Era, cuando ahora la retórica de la libertad, la plepla que se habla, el patatín que patatán, la fuñenda nacional, es más aburrida que nunca.

Y ésa, señores, ¡ésa es la pendeja realidad con toda su elocuencia aterradora!

Mas no desespere. Si durante treinta y un años fui el adalid de los dominicanos, mi destierro será también de treinta y un años, uno más que el de Buenaventura Báez. En efecto, regresaré en 1992, a los treinta y un años de mi expulsión, y, al igual que aconteció con Buenaventura, ordeno que se me coloque en la Catedral, donde, precisamente, descansa mi propio padre, a quien yo mismo ordené colocar allí y los curas así lo aprobaron. Llegaré el 24 de octubre de 1992, el día que cumplo cien años de nacido. Mi centenario será celebrado con la inhumación de mis restos en la Catedral.

No será necesario gastar en una nueva tumba. Mi exilio me ha hecho valorar la frugalidad. Aprovecharemos una tumba que estará vacía.

Doce días antes, el 12 de octubre, conmemoraremos ante los ojos de todo el mundo el Quinto Centenario del Descubrimiento de América. Los restos del Gran Almirante serán trasladados de su tumba en la Catedral (ordenada por Ulises y construida por el mismo artista que le esculpió su estatua ecuestre) al Faro, cuya edificación yo mismo inicié. Dicen que el Almirante ha estado enterrado en tres lugares diferentes. Lo compadezco. Igual suerte he tenido yo.

Su tumba será la mía.

La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte de! que lo crió, fueron los treinta y un años de mi gobierno. Era aquel gobierno la cosa más hermosa que ojos jamás hayan visto, ¡la cosa más hermosa del mundo! Durante el mismo era placer grande el gusto de las mañanas, que no faltaba sino oír el ruiseñor y ver el ave blanca que se llama rabo de junco, que no suele dormir en el mar. Los aires eran muy dulces, como en abril en Sevilla, que era placer estar a ellos, tan olorosos eran. Había allí árboles muy verdes y aguas muchas y frutas de diversas maneras y ellos andaban todos desnudos como su madre los parió, y también las mujeres, más yo les di de vestir. Habían mancebos, muy bien hechos, de muy hermosos cuerpos y muy buenas caras, los cabellos gruesos casi como sedas de cola de caballos e cortos, y dispuse que fueran incorporados a la Guardia Presidencial. Eran de la color de los canarios, ni negros ni blancos, por lo que los envié a dominicanizar la frontera. No traían armas, ni las conocían, porque los infantes ya los habían desarmado y por eso eran gente harto mansa. Eran personas de amor y sin codicia y convenientes para toda cosa, que certifico a Vuestras Altezas que en el mundo creo que no había mejor pueblo, ni mejor tierra. Ellos amaban a sus prójimos como a sí mismos y tenían un habla la más dulce del mundo y mansa y siempre con risa. Usaban yerbas para tomar los sahumeros que acostumbraban, que les fabricaba la tabacalera, mi tabacalera, y comían un pan que llamaban cazabi, el cual suministraba mis molinos ubicados en la margen oriental del Ozama.

Empero, si todo eso hice para gloria del Señor y de mi pueblo, ¿por qué tanta ingratitud? ¿Por qué he sido abandonado aquí en Castilla y no descanso en la Primada de las Indias como testé?

¡Gran dolor es el mío que me arranca el ánimo! Poco me han aprovechado treinta y un años de lealtad a la patria, a la que yo he servido con tantos trabajos y peligros pues hoy día no recibe mi tumba ni una visita al año, mas gimo diariamente.

A veces he oído una voz piadosa decirme:

“Oh, estulto y tardo a creer y a servir a tu Dios, Dios de todos. ¿Qué hizo El por Ti? ¿Que hizo El más por Moisés o por David sus siervos? Desque naciste siempre El tuvo de ti muy grande cargo. Cuando te vido en edad de que El fue contento, maravillosamente hizo sonar tu nombre en la tierra. A Santo Domingo, que esparte del mundo tan rica, te lo dio por tuyo; tú hiciste de ese país lo que te plugo y te dio poder para ello. Del poder sin límites cuyo acceso estaba vedado por cadenas tan fuertes, te dio las llaves. ¿De qué, ahora, te quejas?

Yo, así amortecido, oí todo, mas no tuve respuesta a palabras tan ciertas, salvo llorar por mis yerros.

Acabó él de hablar, quienquiera que fuese, diciendo:

“No temas; confía Todas estas tribulaciones están escritas en piedra mármol y no sin causa”.

Yo, sin embargo, sigo tan desesperado como dije.

Yo, que humildemente he implorado aquí por otros, pido que haya misericordia agora el cielo y llore por mí la tierra... Suplico, ruego, aislado en esta pena, que llore por mí quien tenga caridad, verdad y justicia...

Los Perros 
del Señor

La Maldición de Ulises

Los maestros ingleses, bajo cuya tutela, por órdenes de mi madrastra, Masén Rose, estudié en Puerto Plata, me lo explicaron bien claro: los pueblos que olvidan a sus líderes muertos y no honran su memoria como la justicia demanda, están condenados a sufrir las consecuencias de los yerros de esos mismos dirigentes. Por consiguiente, yo, Ulises, CONSIDERANDO que se ha cometido un grave acto de injusticia al dar a mi persona un tratamiento histórico injusto; CONSIDERANDO que ha sido ofensivo a mi memoria el mantenerme olvidado en la iglesia de Santiago, mientras todos los otros héroes de la Restauración allí ubicados, antiguos compañeros míos en las luchas contra los españoles, en reconocimiento a su valentía han sido trasladados al Panteón Nacional; VISTO el designio inmutable de la historia, por medio del presente DECRETO condeno al pueblo dominicano a recordar mi nombre, a rememorar mi época, a evocar mi personalidad, sufriendo de nuevo, en carne viva, los equívocos de mi gobierno, los gazapos de mis tiempos, los desaciertos de mi persona, las aberraciones de mis contemporáneos y las pifias de mi generación.

En consecuencia, se ordena que antes de cumplirse los cien años de mi muerte y cercano a esa fecha, para así festejarla adecuadamente con la repetición de situaciones análogas, la República Dominicana sufrirá niveles de alzas de precios, de inflación, iguales a los que conoció mi gobierno y que desaparecieron con mi martirio en Moca. Para lograr ese objetivo los líderes políticos de esa época incluyendo, entre otros, mis descendientes de sangre, emitirán de nuevo un volumen cuantioso de moneda nacional sin respaldo, tal y como aconteció durante mi régimen. En adición, y dentro del mismo periodo de tiempo, pero también cercano al centenario de mi fallecimiento, el país se endeudará con potencias extranjeras por montos impagables de una forma tal que esos Estados, tal y como ocurrió durante mi administración, presionen insolentemente a nuestros gobernantes demandando que los dominicanos cumplan con esos compromisos. Los pagarés del Estado dominicano en moneda extranjera, al igual que durante mi gestión, tendrán tal desprestigio que serán vendidos entre los acreedores con grandes descuentos.

Para lograr los objetivos anteriores, el país queda condenado a mantener como sus principales productos de exportación, durante los primeros cien años siguientes a la fecha de mi ascenso al poder, exactamente las mismas tres cosechas cuya producción era prácticamente inexistente antes de mi llegada al solio presidencial y que yo promoví intensamente: el café, el cacao y, sobre todo, el azúcar. Con el amargo azúcar queda el país condenado al latifundio en manos foráneas, a la expulsión de los campesinos de sus tierras comuneras, a la dominación colonialista, al control extranjero, al vasallaje, a la actuación despótica de los guardacampestres — ese ejército privado de los dueños de los ingenios—, a la dependencia de una cuota repartida por el imperio según criterios políticos pero, más denigrante aún, queda obligado al uso de la mano de obra más barata, al peonaje, a la trata negrera, al trabajo de esclavos, a la esclavitud, a la concentración obrera, a la miseria regionalizada, a los barracones, a los bateyes, al medio año afanando y al apacible y manso tiempo muerto, a los pocos extranjeros ricos y a los millares de infelices, al “over”, al monocultivo, y al monomercado. Los blancos amos de los ingenios insistirán en el uso del bracero que le salga más barato y como, con el tiempo, averiguarán que ése no es ni el dominicano, ni el puertorriqueño, ni el cocolo, sino el haitiano, el país queda condenado a utilizar cada día más al bracero de ese país. Eso, cosa que no permití yo, a quien llamaban el Mañé, lo implementarán mis herederos. Los que me criticaron por ser haitiano, verán cómo los que me

sucedarán en el poder serán los haitianizadores del país, sean estos infantes de marina, dictadores o demócratas, pues lo importante es que serán blancos, o privarán en serlo.

Dado en la cada día más triste y más desierta Iglesia Mayor de Santiago...

Epilogo Condenatorio de Rafael

Me adhiero a la maldición que Ulises ha echado al pueblo dominicano pues estoy en la misma humillante situación que él. Por compañerismo, por camaradería, como colega suyo, me encuentro en la obligación de ayudar a que su condena se haga realidad.

Esa ayuda me será fácil, pues, como siempre, lo dejé todo previsto.

Para hacer posible que se emitieran las papeletas sin respaldo que él ha profetizado, hice que en el país se crean por primera vez un Banco Central emisor. Pocos advirtieron lo irónico de mi gesto cuando ordené que su primera sede fuese precisamente el edificio que antes había sido la residencia de Ulises. Pero no sólo basta que alguien pueda emitir sin respaldo. Se requiere, además, que otro tenga necesidad de papeletas por encima de las creadas con el respaldo de los dólares que genera la Nación. Tienen que surgir déficits dentro del gobierno. Como durante mi gestión no los hubo, no requerí de esa moneda inorgánica y falsa, por el contrario, eliminé la deuda externa, fruto de los déficits internos de administraciones anteriores a la mía. Para garantizar que después de mi desaparición surgieran déficits que demandaran esas papeletas sin respaldo, adquirí y construí una serie de industrias que manejé con eficiencia, como si fueran cuarteles militares. Sin embargo, una vez yo desaparecí, yo sabía que se convertirían en botín de los políticos de turno, como en efecto ha sucedido, y sus pérdidas, para ser cubiertas, han requerido de las papeletas que decretó Ulises. También ordené la creación de un Banco de Reservas, que no tuvo reservas una vez yo dejé de controlarlo, y que se encargó de ser el lubricado conducto a través del cual esos inorgánicos llegaron a esas empresas, que yo condené a no ser vendidas nunca y a sufrir, a través de la inflación, el costo de su mantenimiento deficitario y permanente.

También decidí crear un Banco Agrícola para que, una vez yo no estuviese allí, prestara a gente que nunca le repagaría y que, en consecuencia, también ha requerido de inorgánicos. Adquirí de los norteamericanos la Compañía Eléctrica para que, una vez yo iniciara mi viacrucis por los cementerios de Europa, esta empresa también requiriera de muchos inorgánicos y además, no sólo tuviera grandes déficits financieros sino también enormes déficits de luz, de forma tal que se evocara con gran nostalgia mi memoria cada vez que el pueblo sufriera un apagón.

Pero el elemento que ha garantizado la condena que Ulises y yo hemos impuesto a los ingratos dominicanos, es la compra de los ingenios azucareros extranjeros por parte mía y la construcción que ordené de otros nuevos. Ulises inició la industria azucarera moderna. Yo la expandí. Con la terminación de mi Era Gloriosa se dio comienzo a un período de grandes pérdidas para ése, mi emporio dulce, las cuales han requerido, para ser sufragadas, de enormes cantidades de los billetes que ya hacen recordar al gobierno de Ulises. Pero la condena no se limita a eso. Mientras mi gobierno y los anteriores trataron de resistir la presión de los norteamericanos para que esa industria utilizara cortadores haitianos, los gobiernos que me han sucedido han sido los más interesados en traer haitianos para así reducir las pérdidas de los ingenios que le pertenecen y de los cuales fui despojado. ¡Ha sido el propio gobierno dominicano, convertido en ineficiente y doloso empresario azucarero, el más interesado en haitianizar el país! Para ayudarlo aún más en esa labor, tan diferente al “corte” que yo promoví, hice que mi fiel chofer, Zacarías de la Cruz, mi único acompañante en mi última noche, fuera nombrado Encargado del Reclutamiento de Haitianos para esos ingenios. Su eficiencia y dedicación han garantizado que esa labor fuese cumplida.

¡La inflación galopante y la haitianización del país! A eso hemos condenado Ulises y yo a los desmemoriados dominicanos. ¡Nada menos que eso es lo que ha merecido esa nación que osó llamarme Chivo y hoy deambula como chivo sin ley!

¿No fue acaso durante los gobiernos de Ulises y los míos cuando los dominicanos estuvieron más felices, pues éramos nosotros los que decidíamos por ellos lo que debían hacer, decir, escribir y hasta pensar?

¿Por qué entonces han sido tan mal agradecidos?

¿Es que no se recuerdan que vivían sin angustias porque nosotros se lo resolvíamos todo? En su vida idílica ellos sólo tenían que obedecer ciegamente, como cachorros falderos, y cumplir las órdenes de nosotros, sus señores, los que establecimos la “*Disciplina para Perros*” ¡Eso me lo explicó bien claro mi amigo el cura, cuando me demostró, con sus amplios conocimientos del latín, que los dominicanos, los Domini Canes, eran los perros del Señor!



Bibliografía

ULISES HEUREAUX

Balcácer, Juan Daniel. *La Correspondencia del Presidente Heureaux*. Tomo 1, UASD, 1982.

Blanco Fombona, Horacio. *El Tirano Ulises Heureaux*. Santo Domingo, Editora Cosmos, 1984.

Las Casas, Bartolomé D. *Apologética Historia*.

Deligne, Gastón. *Ololoi*.

Martínez, Rufino. *Hombres Dominicanos. Trujillo y Heureaux*. Santo Domingo, Editora El Caribe, 1965.

Martínez, Rufino. *Diccionario Biográfico-Histórico*. Santo Domingo, UASD, 1971.

Rodríguez Demorizi. *Cancionero de Lilís*. Santo Domingo, Editora El Caribe, 1962.

Rodríguez Demorizi. *La Muerte de Lilís. Versos y Documentos*. Santo Domingo, Editora Taller, 1983.

Sang, Mu-Kien A. *Ulises Heureaux. Biografía de un Dictador*. INTEC, 1987.

RAFAEL L. TRUJILLO M.

Balaguer, Joaquín. *La Palabra Encadenada*. Santo Domingo, 1975, pág. 175-80.

Balaguer, Joaquín. *Memorias de un Cortesano de la "Era de Trujillo"*, 1988, pág. 92.

Burgos, Julia de. *Himno de Sangre a Trujillo*. 1953.

Colón, Cristóbal. *Carta desde Jamaica*.

Concepción, J. Agustín. *Dos Tragedias y una Falsedad*. La Vega, 1983, p. 75-106.

Diederich, Bernard. *Trujillo. La Muerte del Dictador*. Fundación Cultural Dominicana, 1986, pág. 111-113.

Hernández Franco, Tomás. *La Más Bella Revolución de América*. Amberes, 1930.

Heureaux hijo, Ulises. *Rafael Leonidas Trujillo Molina*,

Vega, Bernardo. *Los Trujillo se Escriben*. Fundación Cultural Dominicana, 1987, pág. 86, 92.

Vega, Bernardo. *La Vida Cotidiana a Través del Archivo Particular del Generalísimo*. Fundación Cultural Dominicana, 1986, págs. 103,157, 175, 178 y 197.

Vega, Bernardo. *Los Estados Unidos y Trujillo, 1930*. Tomo 1. Fundación Cultural Dominicana, 1986, pág. 477 y 497.